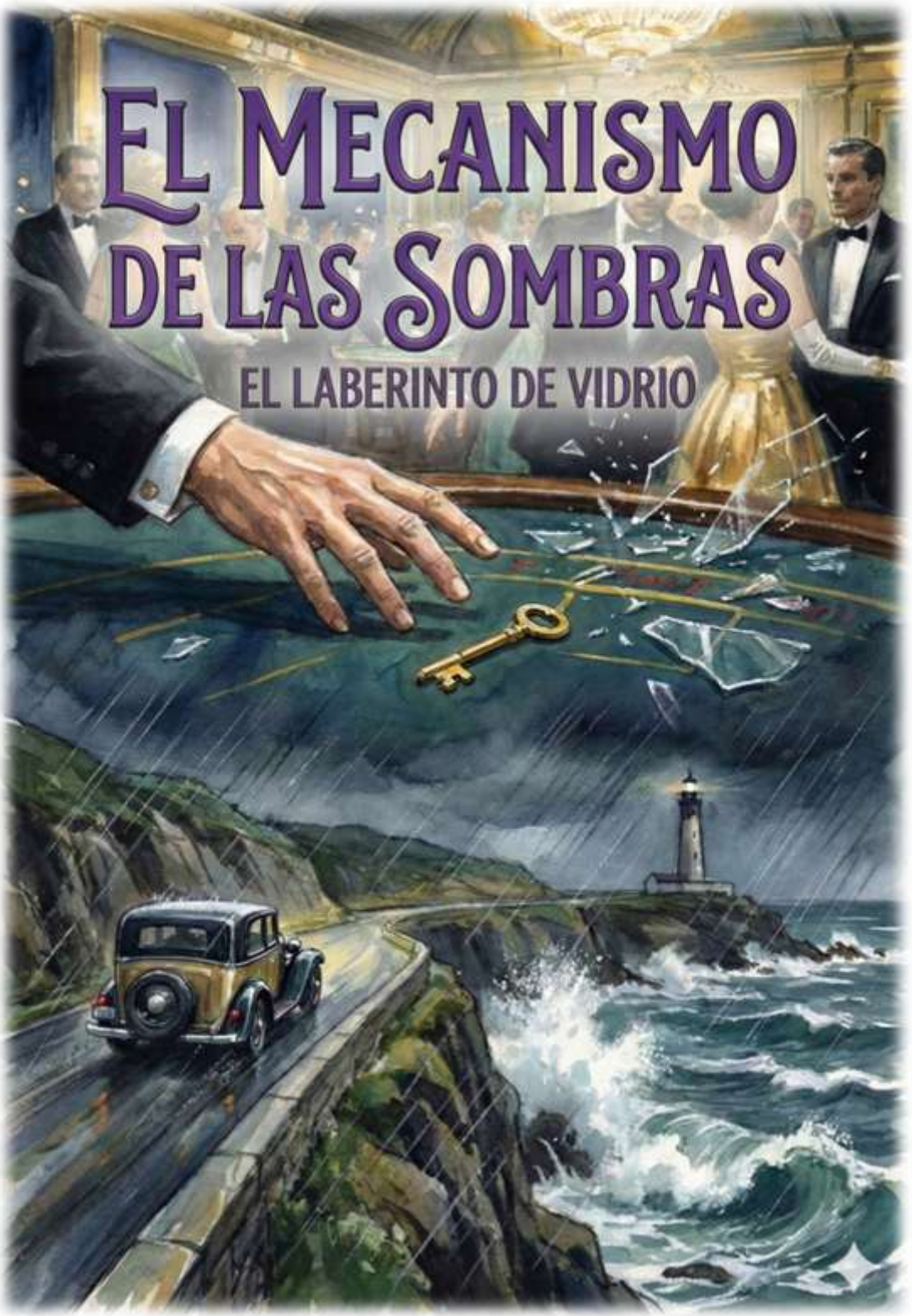

EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS
EL LABERINTO DE VIDRIO

# EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS. LIBRO 2:

# EL LABERINTO DE VIDRIO

NOVELA GRÁFICA CORTA DE FICCIÓN HISTÓRICA

Título de la obra: EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS. LIBRO 2. EL LABERINTO DE VIDRIO.

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas

Año de publicación: 2026 Copyright © Fernando, 2026.

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución

NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

SinObraDerivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de la licencia, visite:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

# PRÓLOGO

## El Ajuste

**Ría de Aveiro, tres meses antes.**

La lluvia no caía; castigaba. Golpeaba la superficie plomiza de la ría con la insistencia de un martillo sobre un yunque, borrando los contornos del mundo y convirtiendo el paisaje en una acuarela emborronada de grises y negros.

**Klaus** caminaba por el fango de la orilla con una calma que resultaba obscena en mitad de la tormenta. Sus zapatos de cuero italiano se hundían en el lodo, pero su paso no perdía elegancia. Se detuvo junto a los restos calcinados del pequeño bote pesquero que la marea había arrastrado hasta los juncos.

Dos agentes de la PIDE, la policía política portuguesa, aguardaban bajo paraguas negros, temblando de frío y de miedo. No temían a la tormenta; temían al hombre rubio que examinaba los restos sin

inmutarse por el agua que empapaba su gabardina.

—No hay cuerpos, *senhor* —dijo uno de los agentes, con voz estrangulada—. Hemos dragado el canal principal. Hemos peinado los bancos de arena. Nada. Se los tragó el mar o la corriente los llevó al Atlántico.

Klaus no respondió. Se agachó, ignorando la suciedad, y pasó un dedo enguantado por la madera quemada de la borda. Olía a gasolina y a sal.

—Nadie sobrevive a una explosión así y luego al agua helada —insistió el agente, buscando desesperadamente la aprobación del extranjero—. Están muertos. Es seguro.

Klaus se levantó despacio. Sus ojos, del color del hielo sucio, se clavaron en el policía.
—La seguridad es un lujo que usted no puede permitirse —dijo Klaus en un portugués perfecto, pero con una cadencia metálica, germánica—. La muerte deja rastros. La huida deja vacíos.
El asesino caminó unos metros más allá, donde la hierba alta se doblaba bajo el viento. Se fijó en algo que los policías habían pasado por alto. Un rastro de pisadas. No eran recientes, la lluvia casi las había borrado, pero la profundidad de la huella en el barro indicaba peso. Alguien había salido del agua. Alguien había arrastrado a otro.

Klaus sonrió. Fue una sonrisa mínima, una grieta en su máscara de indiferencia.

—No están muertos —sentenció Klaus, sacando un pañuelo de seda para limpiarse una gota de barro de la mejilla—. Son cucarachas. Y las cucarachas son difíciles de aplastar.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó el otro agente.

Klaus miró hacia el sur, hacia donde las luces de la civilización

parpadeaban débilmente en la distancia. Hacia Lisboa.
—Esperar. El miedo hace que los hombres cometan errores. Tarde o temprano, necesitarán dinero. O contacto. O venganza. —Klaus tiró el pañuelo al barro—. Y cuando asomen la cabeza, yo estaré allí para cortársela. Preparen el coche. Nos vamos a Estoril. La temporada de caza acaba de empezar.

# CAPÍTULO 1
## El Taller del Tiempo

Lisboa no era simplemente una ciudad; era un estado de ánimo crónico, una melancolía de piedra caliza que se deslizaba perezosa por las siete colinas hacia la desembocadura del Tajo. La niebla del Atlántico entraba por el estuario cada mañana, abrazando los tranvías amarillos y la ropa tendida en los balcones de hierro forjado, amortiguando los sonidos hasta convertirlos en secretos inconfesables.

En el corazón del laberíntico barrio de Alfama, donde las callejuelas eran tan estrechas que el sol apenas rozaba los adoquines al mediodía, el tiempo parecía haber renunciado a avanzar. O al menos, eso era lo que intentaba lograr el dueño de la pequeña y oscura tienda situada en el Beco do Carneiro.

El letrero sobre la puerta, carcomido por el salitre y los años de abandono, rezaba con letras doradas casi invisibles: *Isaac L. – Relojoeiro*.

Al cruzar el umbral, el mundo exterior desaparecía. El aire dentro era

denso, casi sólido, cargado con una mezcla olfativa de aceite de ballena refinado, latón viejo, polvo acumulado en terciopelo y el aroma dulzón del tabaco de pipa rancio. Las paredes no se veían; estaban sepultadas bajo cientos de relojes. De péndulo, de cuco, de pared, de bolsillo, marinos... Todos hacían tictac, pero ninguno marcaba la misma hora. Era una cacofonía rítmica, un latido desacompasado y enloquecedor que hubiera perturbado a cualquiera, pero que para Elías Varela sonaba como la única música posible en su exilio.

Elías estaba encorvado sobre la mesa de trabajo, bajo el cono de luz amarillenta de una lámpara flexo. Llevaba una lupa de joyero incrustada en la cuenca del ojo derecho, deformando su mirada hasta hacerla parecer monstruosa. Sus manos, aquellas que durante décadas habían sostenido la pluma estilográfica para firmar sentencias, ahora manipulaban unas pinzas con la delicadeza de un neurocirujano.

Estaba intentando colocar un rubí sintético, no más grande que un grano de arena, en el eje de volante de un *Patek Philippe* de 1920.

—Quieto... —susurró para sí mismo.

Ya no quedaba rastro del juez Varela. Su bigote, antes autoritario, ahora era gris y estaba recortado al estilo portugués, más modesto. Sus gafas de montura de carey redondas y su guardapolvos azul manchado de grasa completaban el disfraz de un artesano humilde.

La campanilla de la puerta tintineó, un sonido agudo que cortó la atmósfera del taller.

Elías no levantó la vista. No necesitaba hacerlo. Conocía ese paso: pesado, arrastrado, con una leve cojera en la pierna derecha fruto de la humedad y el agotamiento.

—Llegas tarde —murmuró Elías, soltando el aire y encajando la pieza con un *clic* inaudible.

—El capataz me hizo quedarme. Llegó un cargamento de bacalao de Terranova —respondió una voz ronca, rota por el cansancio.

El exinspector Souto cerró la puerta y echó el cerrojo con violencia. Se dejó caer en una silla de mimbre que crujió peligrosamente bajo su peso. Estaba irreconocible. Llevaba una gorra de estibador calada hasta las cejas, una camisa de franela sucia pegada al cuerpo por el sudor y pantalones de pana manchados de escamas de pescado. Olía a muelle, a salmuera y a la desesperanza de los hombres que venden su fuerza por escudos.

—¿Novedades? —preguntó Elías, dejando las pinzas sobre el tapete de fieltro verde y quitándose la lupa.

—Ninguna. Y eso es lo que me está matando. —Souto se quitó la gorra y se pasó una mano callosa por el pelo, que ahora llevaba más largo y grasiento—. Nadie pregunta por dos españoles muertos. La prensa de Lisboa está amordazada. Somos fantasmas, Elías. Tan invisibles que a veces dudo de si realmente sigo vivo.

Desde la penumbra de la trastienda emergió una figura encorvada. Era Isaac, el dueño del local. Un hombre menudo, de unos setenta años, con una barba blanca y rala. Caminaba apoyándose en un bastón de ébano. Sus ojos acuosos habían visto el horror de los guetos de Varsovia antes de encontrar este rincón olvidado.

—La invisibilidad es un regalo, señor Souto, no una maldición —dijo Isaac con su acento pastoso—. En 1939, muchos hombres habrían dado sus brazos por ser invisibles. No desprecie el anonimato.

Souto resopló, encendiendo un cigarrillo barato.
—El anonimato no me devuelve mi vida, Isaac. Ni limpia mi nombre.

Me paso el día cargando cajas mientras los que están en esa maldita lista cenan en palacios.
Elías se levantó lentamente. Caminó hacia una estantería abarrotada de relojes de cuco averiados. Movió una pesa y un panel falso en la pared de piedra se abrió.

De la oscuridad del hueco, extrajo el tubo de plomo.

Lo colocó sobre la mesa. El metal grisáceo parecía absorber la poca luz.

—La paciencia es un arma, inspector —dijo Elías—. Ya tenemos la lista. Sabemos quiénes son. Pero Isaac tiene razón: hay una pieza del mecanismo que no encaja.

Isaac se acercó y desenrolló el papel vegetal sobre la mesa.
—He revisado las transcripciones. Los nombres son claros. Pero las cifras de la derecha... "88-12-B". "45-09-A". No son pagos. Son estáticos. Parecen coordenadas.
Elías asintió.
—Es un libro de contabilidad de doble entrada. La lista no solo dice quién cobró; dice dónde está guardado lo que cobraron. Es un mapa sin leyenda.
—¿Y qué importa eso? —bramó Souto—. Tenemos los nombres. ¡Enviemos copias a la prensa!

—Si hacemos eso sin descifrar la segunda columna, la Hermandad lo negará todo —replicó Elías—. Necesitamos la prueba física. Sin ella, la lista es solo papel mojado.

—¡Más acertijos! —Souto golpeó la mesa—. ¡Estoy harto, Varela!

—El juego nunca se acaba, amigo mío —dijo Isaac con tristeza—. Solo cambian los jugadores. Y hablando de jugadores... hoy ha venido alguien a la tienda.

El cambio en el tono de Isaac fue tan sutil como el cambio de presión antes de una tormenta. Souto llevó la mano instintivamente a la cintura.

—¿Quién? —preguntó Elías.

—Un hombre. Alto. Rubio. Traje gris impecable. —Isaac describió al visitante—. No quería comprar un reloj. Quería... "ajustar" uno.

Elías sintió un frío en el estómago.
—¿Qué dijo?
—Dijo que tenía un reloj antiguo que se había parado bruscamente en Aveiro. Y que buscaba a un maestro relojero español capaz de repararlo. Dejó esto.

Isaac puso sobre la mesa una tarjeta de visita con un borde negro de luto. Solo tenía un dibujo: Una espiral de reloj rota.

Souto palideció.
—Klaus.
—Está aquí —confirmó Elías—. Sabe que no morimos.

—¿Cómo nos ha encontrado? —susurró Souto.

—No nos ha encontrado —dedujo Elías—. Está pescando. Ha ido a todas las relojerías soltando el mismo cebo. Isaac, ¿le dijiste algo?

—Le dije que yo solo reparo relojes portugueses. Pero se detuvo en la puerta. Miró tu mesa de trabajo, Elías. Vio el *Patek Philippe* desmontado.

Elías miró el reloj. Era un trabajo de precisión extrema. Su firma técnica.

—Vio mi mano —comprendió Elías—. Vio la disciplina.

—Tenemos que irnos —dijo Souto—. Ahora mismo.

—No —le detuvo Elías—. Si corremos, confirmaremos sus sospechas. Además, no tenemos a dónde ir. Lisboa es un laberinto, Souto. Y en un laberinto, el que corre más rápido es el primero en perderse.

—¿Entonces?

—Vamos a aceptar el reto. Él quiere ajustar un reloj. Pues bien, vamos a darle cuerda. Isaac, necesito que contactes con tu amigo en el Casino de Estoril.

—¿Camilo? —preguntó Isaac—. Es peligroso.

—Perfecto —dijo Elías con una sonrisa afilada—. Porque vamos a necesitar un tramposo. Si esos códigos son cajas de seguridad, Estoril es el único lugar donde podemos encontrar la llave. Allí es donde la Hermandad se siente intocable.

Souto miró a Elías con incredulidad.

—¿Estoril? Mírenos, Elías. Parecemos mendigos.
—No, Inspector. Iremos vestidos para la ocasión. —Elías se quitó el guardapolvos—. Klaus nos busca en las alcantarillas. No esperará encontrarnos bajo las lámparas de araña.

# CAPÍTULO 2

## Hombres de Paja

El río Tajo no olía a agua dulce; olía a gasoil, a vísceras de pescado y a la desesperanza de mil hombres.

En el muelle de Alcântara, la niebla era una entidad física, pegajosa y fría. **Souto** se ajustó la gorra y escupió al suelo barroso. Sus manos, antes acostumbradas al tacto frío de una pistola, ahora estaban en carne viva por las cajas de bacalao.

—¡*Mais rápido*, espanhol! —ladró el capataz, un hombre con cara de bulldog y un cigarro pegado al labio.

Souto sintió la ira tensando sus músculos. En su vida anterior, habría hecho que aquel tipo se tragara el cigarro. Pero *Manolo* —su máscara— no era nadie. Era un "hombre de paja", un cuerpo sin historia.

Cargó la caja de cuarenta kilos. Sus vértebras crujieron. Caminó hacia la bodega del carguero *Santa Manuela*, ocultando sus ojos.

Esos ojos eran su mayor peligro; tenían demasiado brillo para un simple estibador.

Dentro, escuchó a dos estibadores susurrar.

—Dicen que anoche la PIDE se llevó a dos en el Barrio Alto. Tipógrafos. Nadie los ha vuelto a ver.
—La PIDE ve lo que quiere ver. Mejor callar y cargar.
Souto se quedó inmóvil. La **PIDE**. Los perros de presa de Salazar. Si la Hermandad tenía tentáculos en Lisboa, pasaban por ellos.

Salió buscando aire, pero se encontró con un coche negro, un Citroën *Traction Avant*, detenido junto a la grúa. Dos hombres con gabardinas de cuero bajaron. No miraban la carga; miraban a los hombres.

El capataz se encogió y se acercó haciendo reverencias. Souto se mezcló entre los obreros. Su instinto policial se activó. Observó cómo los agentes revisaban las filas. Buscaban a alguien.

—Documentos —dijo uno, deteniéndose frente a un muchacho joven. El chico temblaba y dejó caer los papeles. El agente esperó, con una sonrisa cruel, a que los recogiera del barro.

Souto sintió un impulso eléctrico. Quería intervenir. Su mano buscó un arma que no tenía.
«Quieto, idiota. Si te mueves, estás muerto. Y Elías cae contigo».
Uno de los agentes levantó la vista y sus ojos barrieron el grupo de Souto. El exinspector contuvo la respiración, bajando la mirada. Si le pedían la documentación falsa, ¿aguantaría?

El agente dio un paso hacia él. Souto tensó los muslos. Tres metros.

—¡Tú! —gritó el capataz, señalando a Souto—. ¡*Espanhol*! ¡Mueve esa carga o te vas a la calle!

El grito le salvó. Le dio la excusa para agachar la cabeza como un perro apaleado y volver al trabajo. El agente perdió el interés.

Horas más tarde, Souto caminó rápido por las calles empinadas hacia la Catedral, asegurándose de que nadie le seguía. La tarjeta de Klaus le quemaba en el recuerdo.

Llegó a la relojería de Isaac al atardecer. Entró por la puerta trasera. Elías estaba allí, pero el taller había cambiado. Sobre la mesa había ropa. Un esmoquin negro, una camisa almidonada, gemelos dorados. Y un vestido de noche color burdeos.
—¿Qué es esto? —preguntó Souto.

—Tu armadura, inspector —dijo Elías. Se había afeitado y peinado con brillantina. Parecía haber recuperado su autoridad—. Ropa de empeño. De gente que perdió su fortuna en el Casino.

—¿Pretendes que me ponga eso? —Souto miró sus manos sucias—. Pareceré un gorila disfrazado.

—Parecerás un hombre con dinero que ha tenido un mal día. Y yo un inversor excéntrico. Esta noche dejamos de ser ratas. Esta noche vamos a Estoril.

Souto tocó la tela del esmoquin. Era suave. Contrastaba con su realidad.

—Isaac me ha dicho que Camilo nos esperará en el Salón Oro a las diez —continuó Elías—. Nos dará los nombres.

—¿Y si Klaus está allí?

—Si está, mejor que no nos reconozca.

Souto se quitó la gorra y la lanzó a la basura. Se miró en el espejo. Vio la barba, la suciedad, la derrota.

—Dame una navaja, Elías —dijo con voz dura—. Si voy a entrar en ese nido de víboras, necesito quitarme esta cara de perdedor.

Elías le tendió una navaja de barbero.
—Rápido. El último tren sale en cuarenta minutos.
Souto tomó la navaja. El acero brilló. Iba a despellejar a *Manolo* para dejar salir al cazador.

# CAPÍTULO 3

## La Lista Muda

El tren eléctrico de la *Linha de Cascais* se deslizaba por la costa como una serpiente de luz, dejando a su izquierda la inmensidad negra del Atlántico y a su derecha las villas iluminadas de los exiliados más ricos de Europa. El vagón de primera clase olía a madera barnizada y a perfume caro, un contraste violento con el hedor a pescado que Souto aún sentía fantasmagóricamente en su piel.

Elías Varela ajustaba los puños de su camisa con movimientos pausados. Parecía un banquero retirado, uno de esos hombres que habían hecho fortuna con el wolframio durante la guerra y ahora venían a gastarla en la ruleta antes de que la muerte les alcanzara. Frente a él, el exinspector Souto tiraba del cuello de su esmoquin como si fuera una soga.

—Deja de tocarte el cuello —susurró Elías sin mover los labios,

mirando el reflejo de ambos en la ventanilla oscura—. Un caballero nunca demuestra incomodidad, ni siquiera cuando le están apuntando con un cañón.

—Me pica —gruñó Souto, cruzando las piernas con torpeza en el asiento de terciopelo. Sus zapatos de charol, prestados y una talla más pequeños, le estaban triturando los dedos—. Y me siento desnudo sin la pistola. Me siento... indefenso.

—La pistola esta noche es tu cerebro, Souto. Y tu silencio. Recuerda tu papel: eres mi sobrino, un inversor mudo de palabras pero rápido con las fichas. Un hombre de acción, no de reflexión.

Elías sacó del bolsillo interior de la chaqueta una pequeña libreta de piel negra. La abrió un instante, protegiéndola con la palma de la mano. A la luz tenue de la lámpara del vagón, las columnas de números copiadas del tubo de plomo parecían burlarse de él, jeroglíficos de una civilización perdida.

**88-12-B.**
**45-09-A.**
**19-33-C.**

Era la Lista Muda. Tenían los nombres de los traidores, sí. Ministros, generales, empresarios. Pero al lado de cada nombre, esos códigos criptográficos mantenían el secreto herméticamente cerrado. ¿Eran cuentas en Suiza? ¿Coordenadas de entregas de armas? ¿Fechas de operaciones? Sin la clave, esa lista era papel mojado. Y papel mojado era lo único que tenían para negociar sus vidas frente a un imperio criminal.

—¿Sigues sin ver el patrón? —preguntó Souto, bajando la voz al ver pasar al revisor uniformado.

—Es un cifrado de sustitución simple, o eso creía —murmuró Elías, cerrando la libreta de golpe con frustración—. Pero hay una variable que me falta. Isaac cree que son referencias bancarias. Yo creo que es algo más... físico. Algo que se puede tocar. Algo sólido.

El tren comenzó a frenar con un chirrido metálico que sonó como un grito contenido.

—Estoril —anunció el revisor con voz cantarina—. Terminus del glamour.

Al bajar al andén, el aire cambió drásticamente. Ya no había rastro del salitre podrido de Lisboa. El aire olía a jazmín, a pino piñonero y a gasolina de alto octanaje. Delante de ellos, al final de una avenida flanqueada por palmeras perfectamente recortadas, se alzaba el Casino de Estoril.

Era un templo modernista de hormigón blanco y cristal, bañado por una luz eléctrica que convertía la noche en un día artificial y deslumbrante. Coches de lujo —Rolls Royce plateados, Mercedes negros, algún Cadillac americano de colores chillones— se agolpaban en la entrada y daban paso a mujeres envueltas en visones y a hombres que decidían el destino del mundo entre copa y copa.

—Bienvenidos al País de las Maravillas —dijo Elías, apoyando el peso en su bastón para disimular su propia fatiga—. No mires a nadie a los ojos más de un segundo, Souto. Aquí todo el mundo es alguien, o finge serlo con desesperación.

Cruzaron los jardines geométricos. Souto notó cómo se le aceleraba el pulso, un tamborileo sordo en sus sienes. Aquel lugar era territorio enemigo. Allí, la famosa neutralidad de Portugal era una farsa sangrienta; espías británicos del MI6 se cruzaban en los pasillos con agentes de la Gestapo reciclados por la CIA, y todos brindaban con

el mismo champán. Y en medio de todos ellos, invisible y poderosa, la Hermandad.

Entraron en el vestíbulo. El sonido de las fichas de marfil chocando y el murmullo políglota de las conversaciones creaban un zumbido hipnótico, como el de una colmena gigante. Elías se movía con una elegancia natural, como si hubiera nacido bajo una lámpara de araña y no entre legajos judiciales polvorientos. Se dirigieron directamente al *Salón Oro*, la zona reservada para las apuestas altas, donde el aire estaba azulado por el humo de los habanos.

En la barra de caoba, un hombre limpiaba una copa con movimientos lentos y precisos. Tenía el pelo engominado hacia atrás y una cicatriz fina, blanca, que le cruzaba la ceja izquierda.

Era Camilo. El contacto de Isaac. Un hombre que vendía secretos como otros vendían sardinas.

Elías se acercó y se apoyó en la barra.

—Dos Dry Martinis. Con aceituna, no con limón —especificó Elías, colocando un billete de cien escudos sobre la madera pulida, doblado en forma de triángulo.

Camilo levantó la vista. Sus ojos eran oscuros, pozos sin fondo, ilegibles. Vio el billete, vio a Elías y, por último, evaluó a Souto con una mirada profesional que le desnudó el alma.

—El limón es para los turistas —respondió Camilo con voz suave—. La aceituna es para los que saben esperar.

Sirvió las copas con destreza y, al dejar las servilletas de lino, se inclinó ligeramente hacia ellos, invadiendo su espacio.

—Isaac me dijo que vendríais. Estáis locos. O muertos.
—La cordura está sobrevalorada en estos tiempos —dijo Elías, tomando un sorbo del líquido helado—. Necesitamos información, Camilo. Tenemos unos números que no cantan.

Elías deslizó la libreta por la barra, abierta en la página de los códigos, ocultándola bajo la palma de su mano. Camilo echó un vistazo rápido, casi imperceptible, mientras seguía secando la encimera.

Al ver los números, la mano del camarero se detuvo. Su rostro imperturbable sufrió un microsegundo de tensión, un tic nervioso en la mejilla.

—Guardad eso —siseó Camilo sin mover los labios, mirando nerviosamente hacia la entrada del salón—. ¿Queréis que os maten aquí mismo antes de terminar la copa?
—¿Sabes qué son? —preguntó Souto, inclinándose, con su voz sonando demasiado fuerte.

—No son cuentas bancarias —susurró Camilo, bajando la voz—. Son cajas de seguridad. Aquí. En el Casino.

Elías sintió una descarga de adrenalina pura.
—¿Aquí?
—El Casino no es solo un lugar de juego. Es la cámara acorazada no oficial de media Europa —explicó Camilo rápidamente—. Durante la guerra, muchos... "visitantes" dejaron cosas en el sótano blindado. Oro, documentos, joyas robadas a familias judías. Esas cifras... *88-12-B*. Pasillo 88, fila 12, caja B.

—Tenemos la lista de los dueños —dijo Elías—. Pero no tenemos las llaves.

—Sin llave no hay caja. Y sin caja no hay prueba —sentenció

Camilo—. Pero hay algo peor. Esa sección de la bóveda... es privada. Solo se abre con la presencia del gerente y del titular. O de su apoderado legal.

—¿Quién controla esas cajas ahora? —preguntó Souto.

Camilo hizo un gesto discreto con la cabeza hacia una de las mesas de Baccarat al fondo de la sala, separada del resto por un cordón de terciopelo rojo.
—Ella.
Elías y Souto se giraron despacio, como si admiraran la arquitectura del techo pintado al fresco.

En la mesa de *Baccarat*, rodeada de humo y hombres que perdían fortunas sin pestañear, estaba Elena de Ulloa.

Llevaba un vestido de seda verde esmeralda que dejaba su espalda pálida al descubierto. Reía con una copa de champán en la mano, una risa cristalina y falsa, pero sus ojos escaneaban la sala con la frialdad de un radar militar.

Y a su lado, de pie, inmóvil como una estatua de hielo, estaba Klaus.

El "Ajustador" no jugaba. Solo observaba. Llevaba el mismo traje gris que habían descrito en la relojería. Sus manos enguantadas descansaban delante del cuerpo. Era la muerte vestida de etiqueta.

—Mierda —susurró Souto, sintiendo cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—Ella tiene las llaves maestras —dijo Camilo, retirando las copas vacías—. O al menos, tiene acceso al registro de firmas. Si queréis abrir esas cajas, tenéis que pasar por encima de ella.

—¿Cómo? —preguntó Elías.

—Tenéis que hacer que ella cometa un error. Elena de Ulloa es lista, es una depredadora, pero tiene una debilidad. Es una jugadora patológica. Le gusta el riesgo. No está aquí por trabajo, está aquí porque le aburre la paz. Cuando pierde, se vuelve descuidada.

Elías miró a la mujer que había intentado matarlos en Galicia. Luego miró a Klaus, el hombre que casi lo logra. Estaban a veinte metros de sus verdugos.

—Souto —dijo Elías, guardando la libreta con decisión—. ¿Recuerdas lo que te dije en el tren?

—¿Que soy tu sobrino mudo?

—Olvida eso. Cambio de planes radical. —Elías se ajustó las gafas, y un brillo peligroso apareció tras los cristales—. Esta noche vas a hablar. Vas a sentarte en esa mesa.

—¿Yo? —Souto le miró horrorizado—. No sé jugar al *Baccarat*. Ni siquiera sé las reglas. Me comerán vivo.

—Mejor —dijo Elías—. La suerte del principiante es lo único que confunde a un profesional. Vas a jugar contra ella. Vas a distraerla. Vas a ser tan irritante, tan tosco, tan borracho y tan afortunado que ella perderá la concentración.

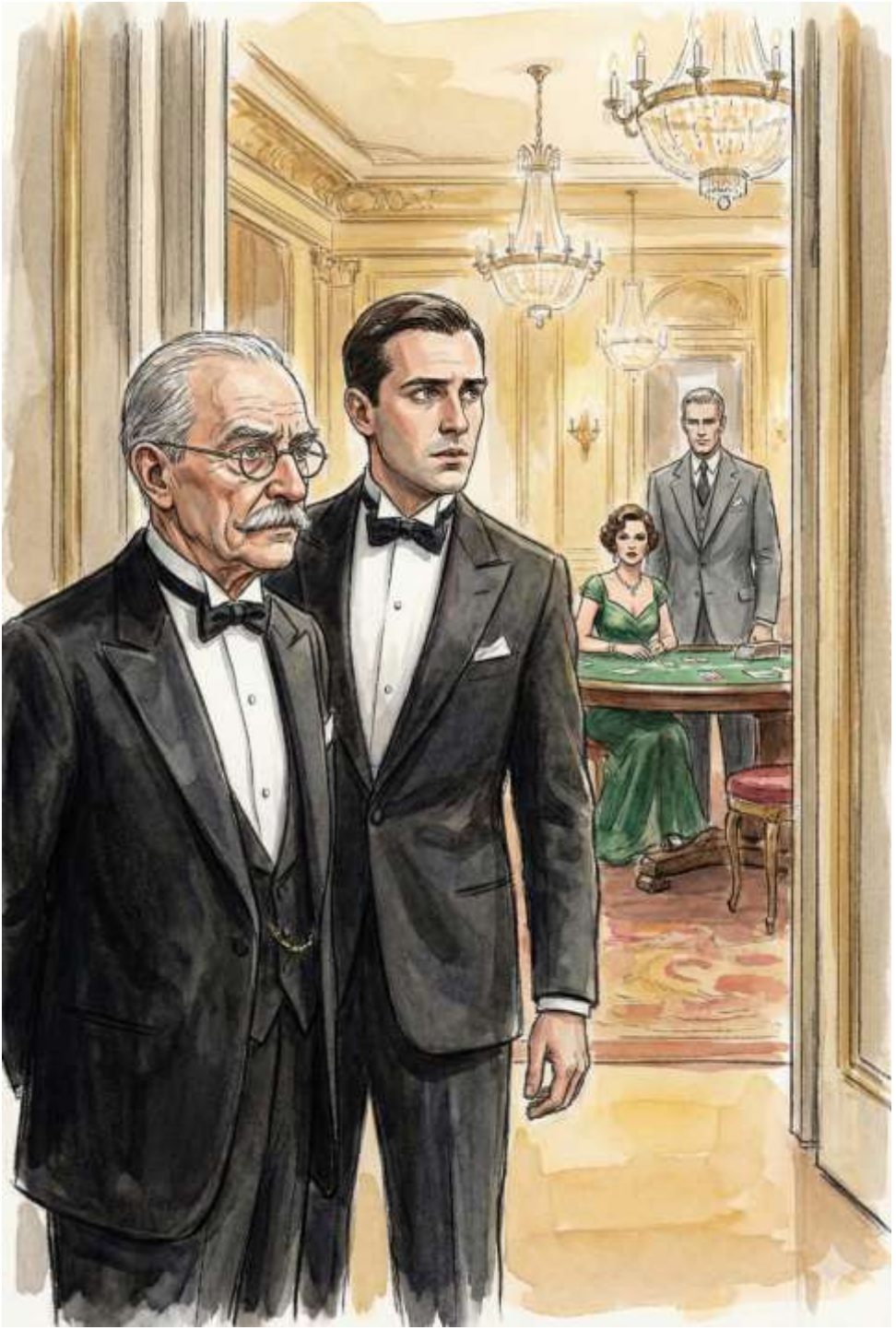
—¿Y tú qué harás? —preguntó el exguardia civil.

—Yo voy a hablar con Klaus —dijo Elías con una calma suicida—. Tengo que devolverle una tarjeta de visita. Y preguntarle la hora.

Camilo les miró como si fueran cadáveres ambulantes que aún no sabían que estaban muertos.
—Si hacéis eso, no saldréis de aquí esta noche.
—Quizás no —respondió Elías, sacando su última ficha, una moneda de oro isabelina que guardaba desde hacía treinta años—. Pero si

no lo hacemos, la lista seguirá muda para siempre.

Elías empujó suavemente a Souto hacia la mesa, hacia el abismo.
—Ve, sobrino. Y recuerda: no juegas con dinero. Juegas con tiempo.



# CAPÍTULO 4

## La Suerte del Diablo

El tapete verde de la mesa de *baccarat* parecía un campo de batalla en miniatura, iluminado cenitalmente. Souto se abrió paso entre los mirones y se dejó caer en la silla vacía frente a Elena de Ulloa con la gracia de un saco de cemento, fingiendo una torpeza etílica que, dada la situación de terror puro que vivía, no le costaba mucho interpretar.

—¿Está libre? —preguntó, arrastrando las vocales, mientras aflojaba su pajarita con un gesto exagerado, rompiendo la etiqueta rígida del salón.

Elena levantó la vista de sus cartas. Sus ojos, oscuros y perfilados con *kohl*, se clavaron en él como dos alfileres. No había reconocimiento en su mirada, al menos no todavía; solo un desdén aristocrático hacia aquel advenedizo vulgar que osaba invadir su espacio sagrado.

—La silla está libre —respondió ella con una voz que sonaba a hielo picado—. La suerte, me temo, está ocupada.

El *croupier*, un hombre con rostro de cera inexpresivo, deslizó el "sabot" —la caja de madera que contenía las barajas— hacia Elena. Ella era la banca. Ella tenía el control.

—Mil escudos al jugador —anunció Souto, lanzando un puñado de fichas al centro de la mesa sin contarlas, dejándolas caer desordenadamente.

Un murmullo de desaprobación recorrió el corrillo de espectadores. Era una apuesta obscena para un recién llegado, una falta de respeto al ritmo del juego. Elena arqueó una ceja perfecta.

—Valiente —dijo ella, repartiendo las cartas con movimientos fluidos, casi hipnóticos. Sus manos, enfundadas en guantes de encaje negro hasta la muñeca, se movían como arañas tejedoras—. O estúpido. La línea es muy fina en Estoril, caballero.

Souto recibió sus dos cartas boca abajo. Las levantó con manos que fingían temblor por el alcohol, aunque temblaban por el instinto de huida. Un rey de corazones y un nueve de picas. *Baccarat*. Cero puntos. La peor mano posible. La muerte súbita.

Sintió el sudor frío bajando por su espalda, empapando la camisa almidonada bajo el esmoquin. Si perdía todo el dinero de Isaac en la primera mano, la misión terminaba allí.

A unos metros de distancia, apoyado en una columna de mármol falso veteado de verde, Elías Varela observaba la escena. Pero su atención no estaba en las cartas, sino en la sombra alargada que se proyectaba detrás de Elena.

Klaus, el asesino estaba de pie, inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda en posición de descanso militar. No miraba el juego. Sus ojos azules, pálidos y vacíos de humanidad, escaneaban la sala en busca de amenazas, de patrones rotos. Era un depredador aburrido en un zoológico, esperando que alguien metiera la mano en la jaula.

Elías respiró hondo, llenando sus pulmones de aire viciado y humo, ajustó sus gafas y se separó de la columna. Caminó hacia él. No como un enemigo, sino como un viejo curioso e inofensivo.

—Disculpe, *monsieur* —dijo Elías en un francés impecable y antiguo al llegar a su altura.

Klaus giró la cabeza lentamente. No movió el cuerpo. Solo el cuello, como una lechuza.
—¿Sí?
—Creo que se le ha caído esto.

Elías extendió la mano derecha. En su palma abierta había una ficha de casino de cinco escudos. Una ficha barata, de plástico rojo, insignificante en ese salón de apuestas altas.

Klaus miró la ficha y luego subió la mirada hacia los ojos de Elías. Durante un segundo que pareció durar un siglo, Elías temió que el disfraz no fuera suficiente. Que aquel hombre viera a través de las arrugas falsas, acentuadas por el maquillaje teatral de Isaac, a través del bigote gris y las gafas, y reconociera al juez que había intentado ahogar en la ría de Aveiro.

Pero Klaus, por ahora, solo vio a un viejo molesto.

—No es mía —dijo Klaus con un acento alemán cortante, volviendo a mirar al frente—. Guárdesela.

—Oh, *pardon*. —Elías sonrió, guardándose la ficha en el bolsillo del chaleco—. La edad me juega malas pasadas. A veces veo cosas que

no están ahí. Y otras veces, olvido cosas que deberían estar. Como el tiempo.

Elías sacó su reloj de bolsillo. La tapa dorada brilló bajo la luz de las arañas de cristal. Lo abrió con un *clic* seco, metálico, que sonó como un disparo en miniatura.

—¿Tiene usted hora, *monsieur*? Mi reloj parece haberse detenido. Curioso, ¿verdad? Se paró hace exactamente... tres meses. El mismo día que hubo aquel accidente terrible en la costa, cerca de Aveiro. Lo leí en los periódicos.

Los ojos de Klaus se estrecharon imperceptiblemente. El accidente de Aveiro. La muerte de los españoles. La referencia era demasiado específica para ser casualidad. El asesino giró el cuerpo entero hacia Elías.

—Son las diez y cuarto —dijo Klaus, su tono volviéndose más gélido, una advertencia implícita—. Y le sugiero que compre un reloj nuevo. Los viejos mecanismos tienden a fallar cuando uno menos se lo espera, y a veces... ya no tienen arreglo.

—Tiene razón —replicó Elías, sosteniendo la mirada del asesino sin parpadear—. Pero los viejos mecanismos tienen memoria, joven. Y a veces, cuando uno cree que están rotos y olvidados, solo están... esperando el momento justo para volver a sonar la alarma.

Klaus dio un paso hacia Elías, invadiendo su espacio vital. Olía a colonia cara, a tabaco rubio y a algo metálico, como sangre seca o aceite de armas.
—Tenga cuidado, abuelo. En este casino, la gente que habla demasiado a veces pierde la voz. Para siempre.

En la mesa de juego, un golpe seco y violento sobresaltó a toda la sala.

—¡*Banco*! — Expeto Souto.

Elena de Ulloa había destapado sus cartas con una sonrisa de tiburón. Un ocho natural. Una mano casi invencible. Miró a Souto esperando verle destrozado, esperando ver el miedo a la ruina en sus ojos.

Souto miró sus cartas inútiles. Recordó lo que Elías le había dicho: *"No juegas con cartas, juegas con personas. Ataca su ego"*.

Souto soltó una carcajada estrepitosa, vulgar, que hizo que varios aristócratas derramaran sus copas y se giraran indignados.

—¡Magnífico! —gritó, golpeando la mesa con la palma abierta—. ¡Qué belleza! Me encanta perder ante una mujer hermosa y letal. — Empujó todas sus fichas hacia ella, mucho más de lo que debía, todo su capital—. Tómelo todo. Es un placer financiar sus... vicios, señora mía.

La sonrisa de Elena vaciló. No esperaba alegría. Esperaba súplica. Aquel comportamiento errático la descolocó por completo.

—¿Le divierte perder, señor...?
—Almeida. Tío Almeida para los amigos —mintió Souto, inclinándose sobre la mesa, invadiendo el espacio personal de ella con su aliento a ginebra—. Y no estoy perdiendo. Estoy pagando por una vista privilegiada.

Elena se puso rígida. Su mano derecha se movió instintivamente, no hacia las fichas, sino hacia su regazo, donde descansaba un pequeño bolso de noche de terciopelo negro con cierre de oro.

Souto lo vio. Sus ojos de policía cazaron el gesto defensivo al vuelo.

Ella no protegió el dinero. Protegió el bolso.

*«Ahí está»*, pensó Souto, sintiendo un vuelco en el corazón. *«La llave»*.

—Otra mano —desafió Souto, sacando el último fajo de billetes del bolsillo, arrugados y sucios. Era todo lo que tenían para sobrevivir un mes en Lisboa—. Doble o nada.

Elena dudó. Miró hacia Klaus, buscando aprobación o instrucciones. Klaus, distraído y tensado por el extraño viejo del reloj, asintió levemente con la cabeza, indicándole que acabara con el idiota.

—Doble o nada —aceptó ella, con sus dedos acariciando nerviosamente el cierre del bolso—. Pero le advierto, señor Almeida. La casa siempre gana.

—No siempre —intervino Elías, apareciendo detrás de la silla de Souto como una sombra, con su voz tranquila cortando el aire—. A veces, la casa se derrumba sobre sus propios cimientos.

Elena levantó la vista y miró a Elías. Por primera vez en la noche, una sombra de duda real cruzó su rostro perfecto. Aquella frase... aquella entonación... le resultaban vagamente familiares, un eco de un juicio pasado.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, olvidando las cartas por un segundo.

—Solo el tío del joven Almeida —dijo Elías, poniendo una mano firme sobre el hombro de Souto—. Y su consejero espiritual. Reparta, *madame*. Estamos impacientes por ver el desenlace.

Souto recibió las cartas. No las miró. Mantuvo sus ojos fijos en el bolso de terciopelo que descansaba precariamente en el borde del regazo de Elena. Tenían que crear una distracción. Un caos. Algo que hiciera que ese bolso cayera al suelo y revelara sus secretos.

—*Carte* —pidió Souto con voz ronca.

El *croupier* le deslizó una tercera carta boca arriba.

Souto la miró.

Un nueve de diamantes.
Rey (0) + Nueve (9) + Nueve (9) = 18. En Baccarat, eso es un 8. Empate con el natural de Elena. Pero Souto sabía que ella, por pura arrogancia, pediría carta para intentar aplastarlo con un 9.
Elena pidió carta.
Un dos.
Ocho + Dos = Diez. Cero. Baccarat.
La sala contuvo el aliento. Elena de Ulloa había perdido. La invencible había caído.

—Parece que la casa tiene grietas —murmuró Souto, mostrando su ocho con una sonrisa torcida.

Elena se puso de pie de golpe, furiosa, golpeando la mesa con el muslo en un espasmo de rabia.

El bolso de terciopelo se deslizó de su regazo.

El tiempo se ralentizó. Souto y Klaus se lanzaron hacia el bolso al mismo tiempo.

# CAPÍTULO 5

## El Vals de los Espejos

El tiempo, que en el Casino de Estoril solía medirse por el giro hipnótico de la ruleta o el chasquido seco de los naipes sobre el fieltro, pareció fracturarse en el instante preciso en que el bolso de terciopelo negro se deslizó de las rodillas de Elena de Ulloa.

No cayó rápido. Para el exinspector Souto, cuyos sentidos estaban hipertrofiados por la adrenalina y el miedo a ser descubierto, la caída fue una secuencia de imágenes congeladas, casi fotográficas. Vio el brillo dorado del cierre soltarse por el impacto contra la mesa; vio la tela oscura deformarse en el aire; vio la expresión de sorpresa genuina en el rostro de porcelana de Elena, cuyos labios rojos se entreabrieron en una "o" muda de indignación.

Y, sobre todo, vio la sombra gris que se despegaba de la columna a su derecha.

Klaus.

El asesino de la Hermandad no se movió como un ser humano, sino como un mecanismo de resorte liberado bruscamente de su tensión. No hubo vacilación, ni impulso previo, ni esfuerzo visible. Simplemente, fluyó hacia el suelo.

Souto, atrapado en su papel de "Tío Almeida" —el borracho adinerado y torpe—, sabía que tenía una desventaja táctica crucial: no podía moverse con la precisión militar y la economía de gestos que su cuerpo le pedía a gritos. Tenía que ser rápido, sí, pero tenía que ser *desordenado*. Se lanzó hacia adelante, fingiendo un tropezón etílico, arrastrando consigo el mantel de hilo verde y derribando una copa de cristal de Bohemia que estalló contra el suelo con el sonido agudo de un disparo pequeño.

—¡*Cuidado*! —exclamó Souto, impostando una voz pastosa y arrastrada, mientras sus rodillas golpeaban dolorosamente la alfombra persa.

Sus manos, grandes y callosas, buscaron el bolso como dos garras ciegas. Pero otra mano llegó primero.

Una mano enguantada en piel de cabritilla gris. Fina. Elegante. Y dura como una tenaza de hierro forjado.

Los dedos de Klaus se cerraron sobre el asa del bolso apenas milésimas de segundo antes que los de Souto. Pero el impulso del exinspector, propulsado por noventa kilos de peso, era demasiado fuerte para frenarlo en el aire. Su mano derecha, buscando el terciopelo, terminó chocando violentamente contra la muñeca del alemán.

En ese contacto, en esa fricción de piel sudorosa contra cuero curtido bajo la mesa de juego, se libró una batalla silenciosa y brutal que nadie más en el salón percibió.

Souto sintió la fuerza inhumana de Klaus. No era la fuerza bruta de un matón de gimnasio; era una potencia técnica, quirúrgica. El alemán rotó la muñeca con un movimiento fluido, buscando un punto de presión en el pulgar de Souto, una técnica de *Jujutsu* diseñada para inmovilizar o romper la articulación.

El dolor fue agudo, eléctrico, subiendo por el antebrazo de Souto hasta el hombro como un latigazo de fuego.

El instinto de supervivencia del guardia civil aulló dentro de su cabeza. Su entrenamiento le gritaba que contrarrestara, que usara su peso para barrer las piernas del alemán, bloquearle el codo y estamparle la cara contra la madera maciza de las patas de la mesa. Pero si hacía eso, si demostraba una sola pizca de destreza marcial, la farsa se acabaría instantáneamente. Klaus sabría quién era. Y la PIDE cerraría las puertas del Casino antes de que pudieran ponerse en pie.

Así que Souto hizo lo único que un borracho haría: anuló su resistencia y se dejó caer con todo su peso muerto sobre el alemán, ahogando un gemido de dolor real y convirtiéndolo en una risotada estúpida y bufonesca.

—¡Ups! ¡Perdón, perdón! —balbuceó Souto, aplastando el brazo de Klaus contra el suelo.

El impacto hizo que el bolso, atrapado entre los dos cuerpos, se abriera.

El contenido se derramó sobre la alfombra con un tintineo revelador. Una barra de labios dorada rodó hasta detenerse junto al zapato de charol de Elena. Un espejo de nácar que reflejó la luz de las lámparas. Un paquete de cigarrillos *Vogue*.

Y una llave.

No era una llave normal. Era una llave de latón pesado, antigua, con una cabeza ornamentada y una etiqueta de cartón blanco atada con un cordel de cáñamo. En la etiqueta, escrita con una pluma de punta gruesa y una caligrafía angulosa, típicamente germánica, había una serie de números.

Souto, con la cara pegada a la alfombra y el codo de Klaus clavándosele en las costillas, enfocó la vista desesperadamente. El mundo giraba, el dolor en su mano palpitaba, pero esos números se grabaron a fuego en su retina.

12-04.

—¡Quítese de encima, imbécil! —siseó Klaus al oído de Souto.

Ya no había frialdad en su voz; había una furia contenida, vibrante. Por primera vez, la máscara del asesino se agrietaba. Klaus empujó a Souto con una violencia seca, quitándoselo de encima como si fuera un insecto molesto.

Con la mano libre, el alemán barrió el suelo, recogiendo la llave y el resto de los objetos con una velocidad de prestidigitador, devolviéndolos al interior del bolso antes de que nadie más pudiera fijarse en los detalles.

Souto se quedó en el suelo un segundo más, fingiendo aturdimiento, pero repitiendo mentalmente la cifra como un mantra. *Doce, cero, cuatro. Doce, cero, cuatro.*

Desde las alturas, la voz de Elena de Ulloa cayó sobre ellos como una sentencia de muerte sobre un acusado inocente.

—Levántense. Ahora mismo. Están montando un espectáculo lamentable.

Souto se incorporó torpemente, sacudiéndose las rodillas del

pantalón y masajeándose la muñeca dolorida. Klaus ya estaba de pie, inmaculado, como si nunca hubiera tocado el suelo. El alemán le tendió el bolso a Elena con una reverencia rígida, casi prusiana.

—*Madame*. Sus efectos.

Elena tomó el bolso y lo apretó contra su costado, con una evidente tensión sobre el terciopelo. Miró a Souto con un asco profundo, absoluto, como si fuera algo que acababa de pisar en la calle.

—Usted... —empezó a decir ella, con los ojos inyectados en ira.

Pero Klaus la interrumpió con un gesto imperioso. El asesino dio un paso hacia Souto, invadiendo su espacio vital hasta que el exinspector pudo oler la menta fresca de su aliento y el aroma metálico del arma que ocultaba.

Klaus le agarró del brazo derecho, justo por encima del codo, en el lugar donde el bíceps se une al hueso. Sus dedos apretaron, palpando el músculo duro como la piedra bajo la tela del esmoquin barato.

Klaus sonrió. Pero la sonrisa no llegó a sus ojos, que seguían siendo dos témpanos de hielo.

—Tiene usted unos brazos muy fuertes para ser un hombre que solo levanta copas, *Herr* Almeida —susurró Klaus, lo suficientemente bajo para que solo Souto y Elena lo oyeran—. Un borracho tiene grasa, es blando. Usted tiene acero bajo la tela. Y cuando cayó... protegió su cuello. Un reflejo interesante. Muy... entrenado.

Souto sintió que se le helaba la sangre. Le había descubierto. Klaus sabía que el disfraz era solo eso: un disfraz. La mano derecha del alemán bajó discretamente hacia el interior de su propia chaqueta, buscando la empuñadura de la *Luger* o el filo de una navaja automática.

Fue entonces cuando Elías Varela intervino.

No lo hizo con violencia, ni con gritos. Lo hizo con la calma exasperante de quien lleva toda la vida controlando el ritmo de un juicio. Apareció junto a ellos, apoyando su bastón con un golpe sonoro sobre la tarima de madera, rompiendo la tensión física del momento como quien rompe un hechizo.

—¡Ah, sobrino! —exclamó Elías, con un tono de reproche cariñoso pero firme—. Siempre igual. Te dije que el rugby universitario te dejaría secuelas, pero sigues placando a la gente como si estuvieras en el campo de juego de Oxford.

Klaus detuvo su mano a medio camino de la solapa. ¿Rugby? ¿Oxford? La explicación era plausible. Un aristócrata deportivo, un bruto de buena familia que había mantenido el físico a pesar del alcohol. La duda cruzó, fugaz, por la mirada del asesino.

Elías no le dio tiempo a procesarlo. Se giró hacia Elena, quitándose el sombrero con una elegancia anticuada.

—Mis más sinceras disculpas, *madame*. Mi sobrino es un entusiasta, pero su coordinación motora deja mucho que desear después del tercer martini. —Elías hizo una pausa y sus ojos, magnificados tras las gafas de culo de botella, se clavaron en los de ella—. Aunque debo decir que la caída ha sido... reveladora. Dicen que uno conoce realmente a una persona por lo que guarda en su bolso con tanto celo, ¿no cree?

Elena palideció ligeramente bajo el maquillaje. ¿Qué había visto el viejo? ¿Había visto la llave?

—Váyanse —ordenó ella, su voz temblando de rabia contenida—. Antes de que llame a seguridad y haga que les prohíban la entrada de por vida.

—Nos vamos, nos vamos —asintió Elías, agarrando a Souto por el brazo dolorido con una fuerza sorprendente—. La suerte, como bien dijo usted, es caprichosa. Y creo que ya la hemos tentado demasiado por esta noche. Vamos, Almeida.

Elías arrastró a Souto hacia la salida. Caminaron despacio, sin correr, obligándose a mantener el paso lánguido de dos caballeros que se retiran. Pero cada metro que avanzaban a través del salón de espejos, Souto sentía la mirada de Klaus clavada en su nuca como la mira telescópica de un rifle de precisión.

—No se gire —susurró Elías sin mover los labios, sonriendo y saludando falsamente a un grupo de desconocidos—. Siga caminando. Ría. Haga como si le contara un chiste sucio.

Souto soltó una carcajada forzada que sonó grotesca en sus propios oídos.

—Sabe que no soy quien digo ser, Elías. Me ha tocado el brazo. Ha sentido el músculo. Sabe que soy policía o militar.

—Lo sospecha —corrigió el exjuez, manteniendo la calma—. Pero la sospecha necesita confirmación. Y nosotros vamos a desaparecer antes de que pueda obtenerla.

Cruzaron el vestíbulo principal, bajo la inmensa lámpara de araña que parecía una espada de Damocles de cristal. Salieron a la noche fresca de Estoril. El aire olía a mar y a pino, un contraste bendito con el ambiente viciado del casino.

Bajaron las escaleras de mármol. El coche de línea que llevaba a Lisboa estaba a punto de salir, con el motor en marcha. Souto hizo ademán de dirigirse hacia él, pero Elías tiró de él en dirección contraria, hacia la oscuridad de los jardines del Parque do Estoril.

—¡El tren está allí! —protestó Souto en un susurro urgente.

—Y Klaus estará esperando que vayamos allí. Es la ruta de escape lógica. Nos seguirán, Souto. Si subimos a ese tren, no llegaremos vivos a la estación de Cais do Sodré. Nos tirarán en marcha al cruzar el puente.

Se adentraron en la espesura de los jardines, ocultándose tras los setos de adelfas y palmeras. Elías se detuvo, respirando con dificultad, apoyándose pesadamente en su bastón. La edad le pasaba factura, pero su mente seguía corriendo a mil revoluciones por minuto.

—Dime que valió la pena —jadeó Elías—. Dime que viste algo.

Souto se apoyó en el tronco rugoso de una palmera, intentando calmar el temblor de sus manos. Cerró los ojos y recuperó la imagen. La etiqueta blanca. La tinta negra.

—Doce, cero, cuatro —recitó Souto—. Esa es la cifra.

—¿Estás seguro?

—Podría grabarlo en piedra. Y vi la llave. Es antigua. De latón. Elías... he visto llaves como esa antes. En la frontera. Es una llave de seguridad de un banco alemán. *Deutsche Bank* o *Commerzbank*.

Elías asintió lentamente, las piezas del rompecabezas empezando a encajar en su cabeza con clics sonoros.

—Por supuesto... —murmuró el juez—. La Hermandad no es estúpida. No guardarían el oro físico o los archivos completos en el Casino. Guardan los *títulos de propiedad* y las llaves de acceso en el Casino. La llave 12-04 abre algo mucho más lejos, o una caja maestra dentro de la bóveda privada.

—Tenemos el número —dijo Souto—. ¿Ahora qué? ¿Volvemos a Alfama y se lo damos a Isaac?

—No —respondió Elías, mirando hacia la entrada del Casino a través de las ramas.

Un sonido de grava pisada les hizo callar.

A unos cincuenta metros, en la escalinata iluminada, la figura estilizada de Klaus apareció bajo el arco de luz. No estaba solo. Dos hombres más, con gabardinas idénticas, se desplegaron a sus lados como sombras alargadas. Klaus señaló hacia la estación de tren. Luego, señaló hacia los jardines oscuros donde ellos se escondían.

—Nos están cazando —susurró Souto, llevando la mano a la cintura, buscando el arma fantasma.

—No —dijo Elías, enderezándose y ajustándose el cuello del abrigo con una frialdad escalofriante—. Nos están pastoreando. Quieren ver hacia dónde corremos para encontrar nuestra madriguera. Si volvemos a Alfama, llevaremos la muerte a la puerta de Isaac.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Souto, sintiendo el cerco cerrarse.

Elías miró hacia la carretera de la costa. Un Rolls Royce Silver Wraith negro, elegante y silencioso como un coche fúnebre, se deslizaba hacia la salida del parking VIP. En el asiento trasero, se vislumbraba la silueta de Elena de Ulloa.

—Vamos a hacer lo único que no esperan. No vamos a huir. Vamos a ir al único lugar donde la Hermandad se siente segura.

—¿A dónde?

—Vamos a seguir a Elena de Ulloa a su casa.

Souto miró a Elías como si hubiera perdido el juicio definitivamente.

—¿Seguirla? ¿Esta noche? ¿Con Klaus pisándonos los talones?

—Tiene la llave, Souto. Y está asustada y furiosa. Cuando una persona está así, busca su refugio. Si averiguamos dónde duerme, averiguaremos qué abre esa llave. —Elías señaló un taxi negro aparcado en la sombra, lejos de la parada oficial, con el motor al ralentí—. Y creo que ese taxista aceptará cien escudos por seguir a un Rolls Royce sin hacer preguntas.

Souto miró a Klaus y sus hombres, que avanzaban hacia la estación. Luego miró a Elías.

—De acuerdo —dijo el exinspector, sintiendo una mezcla de terror y un profundo respeto por aquel viejo juez—. Al infierno o a la gloria. Pero tú pagas el taxi.

Corrieron agazapados entre las sombras, dejando atrás el brillo engañoso del Casino, adentrándose en una noche que prometía ser mucho más larga, oscura y peligrosa de lo que jamás habían imaginado.

12-04

# CAPÍTULO 6
## La Boca del Lobo

El taxi era un Mercedes 170 diésel de antes de la guerra, un vehículo negro y pesado que tosía humo denso y olía en su interior a tabaco barato, tapicería rancia y miedo. El conductor, un hombre con bigote de morsa y una gorra de lana calada hasta las cejas, miraba obsesivamente por el retrovisor, sus ojos saltando de la carretera a los dos extraños pasajeros que había recogido en la oscuridad.

—¿Seguir a un Rolls Royce? —gruñó el taxista, acariciando el volante de baquelita desgastado con manos nerviosas—. Eso suena a problemas de faldas o de política, *senhores*. Y en Portugal, ambas cosas acaban en la cárcel de Caxias o en el fondo del río.

Elías Varela no respondió con palabras. Se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero, invadiendo el espacio del conductor, y dejó caer sobre el asiento del copiloto dos billetes de quinientos escudos. Una fortuna. El salario de dos meses de trabajo honrado.

—No es política —mintió Elías con su voz de juez calmado, esa voz

que antaño dictaba sentencias inapelables—. Es una deuda de honor familiar. Un asunto de herencias mal repartidas. Mantenga la distancia. Si ven sus faros demasiado cerca, perderemos algo más que el dinero.

El taxista miró los billetes morados con la efigie de Mousinho de Albuquerque, luego miró la carretera oscura y tragó saliva. La codicia venció al miedo. Metió primera con un crujido agónico de engranajes y el coche salió de las sombras de los jardines del Casino, incorporándose a la Avenida Marginal justo cuando las luces traseras rojas del Rolls Royce de Elena de Ulloa desaparecían en la primera curva hacia el oeste.

Souto iba pegado a la ventanilla, con el cuerpo en tensión, vibrando como una cuerda de violín a punto de romperse. La euforia fingida del Casino se había disipado por completo, reemplazada por una claridad fría, táctica y mortal.

—¿Sabes a dónde va? —preguntó Souto en un susurro, sin apartar la vista de los dos puntos rojos que guiaban su destino.

—Hacia Cascais —dedujo Elías, limpiándose las gafas empañadas con un pañuelo de seda—. Hacia el fin de la tierra. Allí es donde la aristocracia europea se esconde cuando quiere mirar al mar y olvidar sus pecados.

La persecución fue un ejercicio de nervios templados. La carretera de la costa serpenteaba junto al Atlántico, una cinta de asfalto oscuro golpeada por el viento racheado. A la izquierda, el océano rugía, invisible pero omnipresente, estrellándose contra las rocas con la fuerza de un martillo hidráulico. A la derecha, las mansiones de los exiliados pasaban como fantasmas iluminados: palacios italianos, chalets suizos y villas neoclásicas donde reyes destronados y espías jubilados compartían el mismo insomnio.

El Rolls Royce conducía rápido, con la confianza arrogante de quien se sabe dueño de la carretera y de la ley. El taxista mantenía una distancia prudente, guiándose solo por los destellos intermitentes de las luces traseras que parecían ojos de depredador en la oscuridad.

Pasaron el centro de Cascais, dejando atrás el puerto pesquero dormido y las luces cálidas de las tabernas donde los marineros bebían *bagaço*. La carretera se volvió más estrecha, más salvaje. El asfalto dio paso a zonas parcheadas. Las villas desaparecieron, sustituidas por matorrales bajos azotados por el salitre y formaciones rocosas que parecían dientes de piedra negra surgiendo de la tierra.

—Se dirige a la *Boca do Inferno* —murmuró el taxista, persignándose rápidamente—. Mala zona de noche. Dicen que allí las corrientes son tan fuertes que el diablo se sienta en las rocas a pescar las almas de los suicidas.

Elías sintió un escalofrío. El nombre del lugar no podía ser más apropiado.

De repente, el Rolls Royce giró bruscamente a la derecha, entrando en un camino de grava privado, flanqueado por muros de piedra de tres metros de altura coronados con cristales rotos y alambre de espino.

—Pare —ordenó Souto con voz de mando.

El taxi frenó a unos cien metros de la entrada, derrapando ligeramente sobre la grava, oculto tras un bosquecillo de pinos retorcidos por el viento constante del océano.

—Hasta aquí llego —dijo el conductor, apagando las luces y el motor. El silencio repentino fue llenado por el rugido del mar—. Si entro ahí, me pegan un tiro. Lo sé yo y lo saben ustedes. Y mil escudos no pagan un entierro digno.

Elías y Souto bajaron del coche. El viento del Atlántico les golpeó la cara, frío, cargado de humedad y sal. El sonido del mar era ensordecedor aquí, un estruendo constante, profundo, geológico.

El taxi dio la vuelta rápidamente y se marchó, desapareciendo en la noche, dejándolos solos en la negrura absoluta, dos hombres vestidos de etiqueta al borde del abismo.

—Bien —dijo Elías, abrochándose el abrigo hasta el cuello para protegerse del relente—. Ya sabemos dónde duerme la bestia.

Caminaron agazapados junto al muro de piedra, aprovechando las sombras, evitando la carretera principal. El camino de grava conducía a una villa aislada, colgada literalmente sobre el acantilado.

No era una casa de veraneo victoriana. Era una fortaleza moderna.

La estructura era de hormigón blanco y vidrio, líneas rectas y agresivas, estilo *Bauhaus*, que contrastaba violentamente con la roca oscura y caótica del acantilado. Grandes ventanales iluminados desde el interior proyectaban rectángulos de luz amarilla sobre el mar embravecido, como faros de vigilancia.

Souto se detuvo y señaló hacia el tejado plano.

—Antena de radio de onda corta —susurró, analizando el terreno con ojo militar—. Y dos guardias en la puerta de hierro forjado. Veo el brillo del metal. Llevan subfusiles. Probablemente MP40 alemanes o FBP portugueses. Es un perímetro militar, Elías.

Elías asintió, entrecerrando los ojos para enfocar.

—No es solo una casa, Souto. Es un centro de mando. Elena de Ulloa no guarda joyas en esa caja fuerte. Guarda el futuro de Europa. O el pasado que se niega a morir.

Vieron cómo el Rolls Royce se detenía frente a la entrada principal, bajo un pórtico de hormigón. El chófer uniformado abrió la puerta trasera y Elena bajó. El viento agitaba su vestido verde y su cabello, pero ella no parecía notarlo. Caminaba con la urgencia de quien lleva una bomba de relojería en las manos.

Pero no entró sola.

De la casa salió un hombre a recibirla. No era un sirviente.

Era un hombre mayor, sentado en una silla de ruedas motorizada, con una manta a cuadros cubriéndole las piernas inútiles. A pesar de la distancia, la luz del porche iluminó su perfil afilado, su nariz aguileña y su frente amplia y despejada.

Souto ahogó una exclamación, agarrando el brazo de Elías.

—Ese hombre... lo he visto en los periódicos. Es Van Zeller.

—¿El banquero? —preguntó Elías, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

—El mismo. El dueño de la mitad de las minas de wolframio del norte. El hombre que financia al Estado Novo.

—El enlace financiero —confirmó Elías con gravedad—. El hombre que mueve el oro entre Suiza y Portugal sin dejar rastro. Si él está aquí, en persona, significa que la "Operación" de la que hablaba la lista está a punto de ejecutarse. Esto es mucho más grande que la Hermandad, Souto.

Elena le entregó el bolso al hombre en la silla de ruedas. Van Zeller lo abrió con manos ansiosas, huesudas como garras. Sacó la llave —la llave 12-04— y la levantó hacia la luz, riendo. Una risa que el viento trajo hasta ellos, fragmentada, seca y siniestra.

Entonces, otra luz apareció en la carretera, a sus espaldas. Unos haces blancos y potentes barrieron los pinos donde se escondían.

—¡Abajo! —siseó Souto, empujando a Elías hacia la zanja y tirándose al suelo sobre él, entre los matorrales espinosos y el barro.

Un coche deportivo, un Jaguar XK120 negro, pasó a toda velocidad a escasos metros de sus cabezas, levantando una lluvia de grava. Entró en la villa sin detenerse, con el motor rugiendo como una bestia. El conductor era inconfundible, incluso en la fugacidad del momento. El cabello rubio platino, el perfil estático.

—Klaus —dijo Souto, escupiendo tierra—. Ha llegado. Nos ha cerrado la salida.

La puerta de hierro de la villa se cerró tras el Jaguar con un estruendo metálico definitivo, sellando el recinto.

Estaban fuera. Hacía frío. Estaban desarmados. Y dentro de esa casa de cristal y hormigón estaban los tres cabecillas de la conspiración: la estratega (Elena), el financiero (Van Zeller) y el verdugo (Klaus). Y con ellos, la llave del misterio.

—Tenemos que entrar —dijo Souto, mirando la altura del muro y los cristales rotos que brillaban en la cima—. Pero si intentamos saltar eso, nos acribillarán antes de tocar el suelo.

—Entrar por la puerta es un suicidio —coincidió Elías, limpiándose el barro de la mejilla. Se giró hacia el borde del precipicio, donde el muro de la finca terminaba abruptamente sobre el vacío, confiando en que la caída vertical de treinta metros al mar fuera suficiente protección natural.

Elías se acercó al borde. El viento casi le tiró las gafas. Abajo, el mar hervía. El agua blanca de espuma chocaba contra las cuevas, produciendo un sonido cavernoso, como el de una bestia respirando.

—La *Boca do Inferno* —dijo Elías, gritando para hacerse oír sobre el viento—. El mar ha excavado cuevas debajo de la casa. La estructura de la villa se proyecta sobre el acantilado. Si bajamos por las rocas... quizás haya una forma de subir por el otro lado. Por la terraza que da al océano. Nadie vigila el mar en una noche de tormenta.

Souto se arrastró hasta el borde y miró hacia el abismo negro. Solo se veía espuma y rocas afiladas como cuchillos.

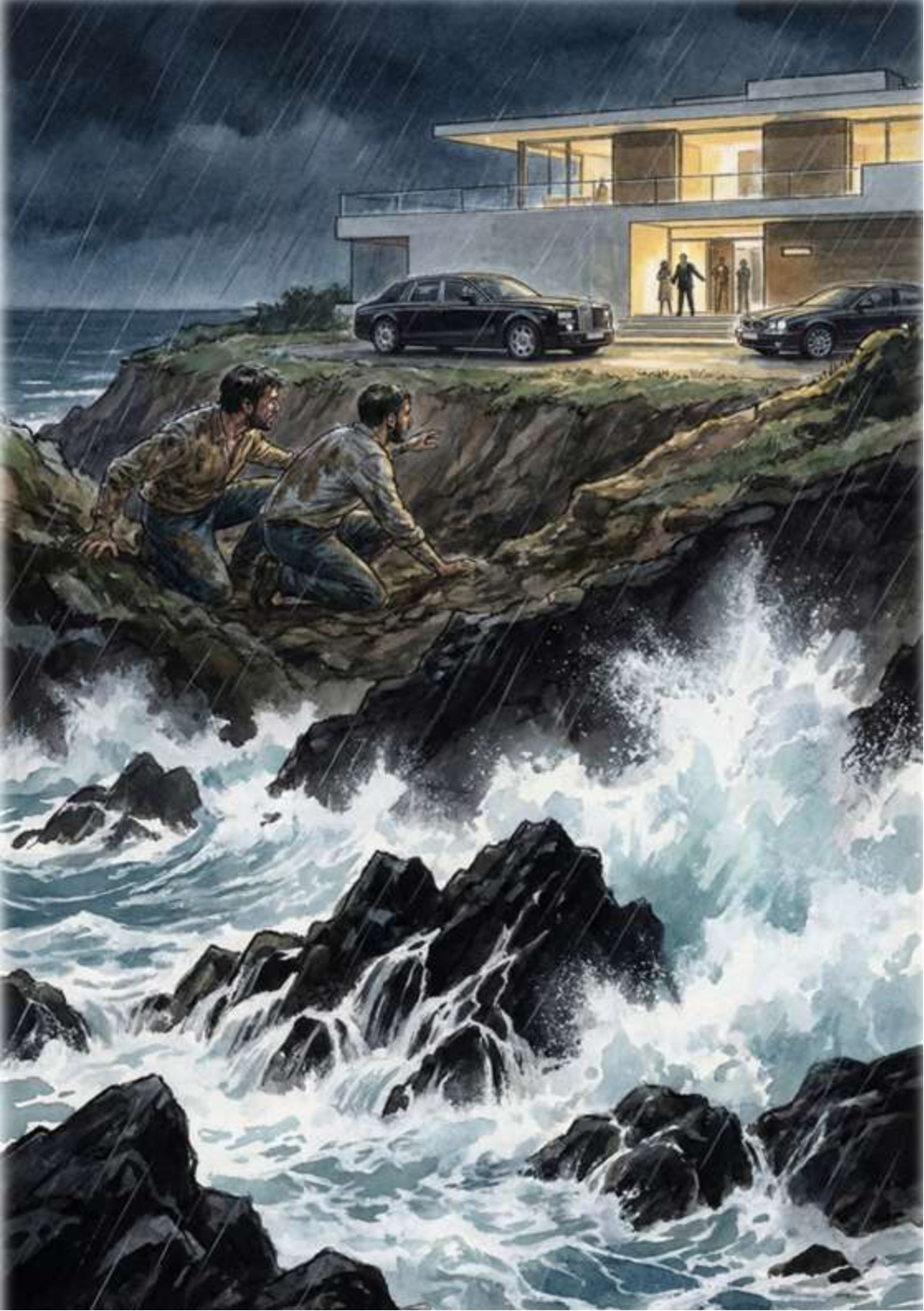
—Es una locura, Elías. Eres un anciano. Las rocas estarán resbaladizas. Un paso en falso y te romperás contra la piedra o te tragará la marea.

—Entonces será mejor que me sostengas fuerte, sobrino —dijo el juez, girándose hacia él. En sus ojos, tras los cristales sucios, había una determinación que brillaba más que el faro de Cascais—. Porque si no entramos ahí esta noche y recuperamos lo que hay en esa caja, mañana el mundo amanecerá siendo un lugar mucho más oscuro. Y yo prefiero morir en las rocas que vivir un día más siendo una rata escondida.

Souto miró a su compañero. Vio el miedo físico en el cuerpo frágil del juez, sí, pero también vio esa dignidad inquebrantable de acero toledano.

—Está bien —aceptó Souto, quitándose la chaqueta del esmoquin y tirándola a la zanja para tener más libertad de movimiento. Se arremangó la camisa blanca, exponiendo sus brazos fuertes—. Tú marcas el camino, juez. Yo te cubro las espaldas. Pero si caemos, intenta no gritar. No queremos avisarles de que vamos a cenar.

Comenzaron a descender hacia la oscuridad de los acantilados, agarrándose a las aristas de piedra caliza, mientras la tormenta empezaba a descargar las primeras gotas de una lluvia helada sobre ellos, como lágrimas frías de un dios indiferente.



# CAPÍTULO 7
## La Caja de Cristal

El ascenso desde la *Boca do Inferno* no fue una escalada; fue una pelea a muerte contra la gravedad y el Atlántico.

El viento aullaba encajonado entre las grietas del acantilado, lanzando espuma salada que golpeaba como perdigones. Souto, con la camisa empapada pegada a la espalda como una segunda piel, buscaba presas en la roca negra con dedos entumecidos. Cada movimiento era calculado: probar la piedra, encontrar apoyo, tirar. Luego, servía de ancla humana para Elías.

—¡Sube! —ordenó Souto, su voz apenas audible sobre el estruendo del oleaje que rompía treinta metros más abajo.

Elías Varela se aferró a la mano tendida del exinspector. Sus zapatos de suela de cuero resbalaban en la caliza húmeda. Sentía los pulmones arder por el aire helado y el esfuerzo, y su corazón golpeaba contra las costillas con un ritmo irregular y alarmante. Pero no miró abajo. Si miraba al vacío negro que hervía de espuma

blanca, sabía que se soltaría.

Con un último tirón brutal, Souto izó al viejo juez hasta una cornisa de hormigón que sobresalía del acantilado. Era la base de la terraza inferior de la villa.

Ambos se quedaron tendidos en el suelo frío, jadeando, empapados, temblando incontrolablemente. Elías se quitó las gafas, ciegas por el agua, y las limpió torpemente con la manga mojada.

—Estamos... dentro —dijo Elías, tosiendo.

Souto se arrastró hasta el borde de la terraza. Estaban en la parte trasera de la casa. Delante de ellos se alzaba la fachada posterior de la villa: un inmenso muro de cristal de dos plantas que miraba al océano. La arquitectura *Bauhaus*, diseñada para fusionar el interior con el exterior, jugaba ahora en su contra... o a su favor.

La casa era una pecera iluminada.

—Mira eso —susurró Souto.

Desde su posición en la oscuridad de la terraza, tenían una vista perfecta del salón principal. Era una estancia diáfana, decorada con un minimalismo frío: muebles de cuero negro, acero cromado, suelos de mármol blanco. En el centro, dominando el espacio como un altar pagano, había una mesa baja de cristal.

Alrededor de ella estaban los tres artífices de su desgracia.

Elena de Ulloa se paseaba nerviosa, con una copa en la mano, su vestido verde esmeralda brillando bajo los focos halógenos. Klaus estaba de pie junto a la chimenea apagada, limpiando sus gafas con una calma metódica, aunque su postura irradiaba alerta. Y en el centro, en su silla de ruedas motorizada, estaba el banquero Van Zeller.

El anciano tenía sobre las rodillas una caja metálica gris. No era muy grande, del tamaño de una caja de zapatos, pero parecía pesar una tonelada.

—¿Es esa la caja 12-04? —preguntó Souto.

—Tiene que serlo —respondió Elías, pegando la cara al cristal frío, oculto tras una gran maceta de cerámica—. Han traído la caja de seguridad del Casino aquí para abrirla con privacidad. La llave era solo el primer paso.

Dentro del salón, Van Zeller introdujo la llave de latón en la cerradura de la caja. Giró. El mecanismo chasqueó.

Elías y Souto contuvieron la respiración. Esperaban ver lingotes de oro, diamantes, bonos al portador... el botín clásico del expolio nazi.

Pero cuando Van Zeller levantó la tapa, lo que extrajo no brillaba.

Eran papeles. Planos azules enrollados. Y carpetas con sellos rojos.

—Documentos —murmuró Souto, decepcionado—. ¿Todo esto por unos papeles?

—El conocimiento es más caro que el oro, Souto —corrigió Elías, entornando los ojos—. Fíjate en los planos.

Van Zeller desenrolló uno de los planos sobre la mesa de cristal. Era grande, complejo. Elena se inclinó sobre él, señalando detalles. Klaus se acercó, mirando con interés técnico.

Elías, con su visión deformada por la distancia y el agua, intentó descifrar las líneas blancas sobre el fondo azul. No eran planos de un edificio. Había curvas hidrodinámicas, secciones transversales de cascos de presión, esquemas de turbinas.

—Parece... un submarino —dijo Souto, frunciendo el ceño—. Pero es extraño. Demasiado ancho.

—No es un submarino militar —susurró Elías, reconociendo ciertas formas geométricas—. Es un batiscafo. O una estación. Es tecnología marina avanzada.

En ese momento, el viento cambió y una de las ventanas superiores, dejada entreabierta para ventilar el humo de los puros de Van Zeller, dejó escapar las voces hacia la terraza.

—...los americanos no hacen preguntas si la ciencia es buena —estaba diciendo Van Zeller con su voz cascada y potente—. La Fundación Barrows está ansiosa por financiar el proyecto. Creen que están patrocinando la próxima frontera de la oceanografía, una especie de utopía científica.

—Son ingenuos —respondió Elena, con una sonrisa cruel—. Creen que buscan la Atlántida o nuevas especies.

—Que busquen lo que quieran —cortó Klaus, su voz llegando nítida y fría—. Mientras sus dólares limpien nuestro oro. El dinero sucio del Reich construirá el *Leviathán*. Y cuando esté terminado, controlaremos no solo las rutas, sino el fondo mismo. Nadie buscará allí abajo. Es el escondite perfecto. Y la plataforma de lanzamiento perfecta.

Elías sintió un escalofrío que no venía del frío.

—Están lavando el tesoro —comprendió el juez—. No lo están gastando. Lo están invirtiendo. Están usando una fundación americana, esa tal Barrows, como tapadera para construir algo. Una base, un vehículo... algo para desaparecer del mapa y seguir operando desde las sombras.

—Tenemos que coger esos planos —dijo Souto, tensando los músculos—. Si eso es lo que creo que es, es la prueba de que están rearmándose. O algo peor.

Van Zeller volvió a meter los documentos en la caja y sacó algo más. Una libreta negra. Pequeña. Idéntica a la que Elías llevaba en el bolsillo, pero más gruesa.

—El Libro Mayor —dijo Van Zeller, acariciando la tapa—. Aquí están todos. Los nombres de cada colaborador en España, Portugal, Argentina y Alemania. La red de seguridad que nos ha mantenido vivos. Mientras tengamos esto, ningún gobierno nos tocará.

—El seguro de vida —dijo Klaus.

Souto miró a Elías.

—Ahí está. La lista completa. No la codificada, la real. Con eso podemos hundirlos a todos.

—¿Cómo entramos? —preguntó Elías.

Souto señaló una puerta corredera de cristal a unos cinco metros de su posición.

—Esa puerta no tiene cerradura exterior, pero el pestillo parece simple. Podría forzarlo con la navaja. Pero en cuanto entremos, Klaus nos verá.

—Necesitamos una distracción —dijo Elías, mirando alrededor en la terraza—. Algo que les haga mirar hacia otro lado.

Sus ojos se posaron en la caja de fusibles principal de la casa, situada discretamente en la pared exterior, protegida por una tapa de plástico gris.

—La luz —dijo Elías—. Si corto la luz, tendremos unos segundos de caos. Los ojos tardan en adaptarse a la oscuridad total. Tú entras, coges la libreta y salimos corriendo.

—¿Y los planos?

—Olvida los planos. La libreta es la prioridad. Los planos son el futuro; la libreta es el presente que nos puede matar.

Souto asintió. Sacó la navaja de barbero que aún llevaba en el bolsillo del pantalón.

—A mi señal.

Souto se arrastró hacia la puerta de cristal, pegándose al suelo. Elías se acercó a la caja de fusibles. Abrió la tapa con dedos temblorosos. Vio los cables gruesos, húmedos por el relente. Era peligroso. Podía electrocutarse.

Miró a través del cristal. Van Zeller estaba cerrando la caja metálica. Klaus se servía una copa. Elena reía.

*«Ahora o nunca»*, pensó Elías.

Agarró el interruptor principal con ambas manos.

—¡Ahora! —gritó Elías, bajando la palanca.

Un chispazo azul iluminó la terraza.

Dentro de la casa, todo se volvió negro al instante. La música del gramófono se detuvo con un quejido grave.

Souto no esperó. Se levantó y golpeó el cristal junto al pestillo con el mango de la navaja, un golpe seco y preciso. El vidrio se rajó. Metió la mano, giró el pestillo y deslizó la puerta.

El ruido del viento irrumpió en el salón como un animal salvaje.

—¡Luz! ¡Klaus! —gritó la voz de Elena en la oscuridad.

—¡Quietos! —ordenó Klaus. Se oyó el *clic-clac* inconfundible de un arma montándose.

Souto se lanzó hacia donde recordaba que estaba la mesa. Sus espinillas chocaron con el borde de cristal, pero ignoró el dolor. Palpó la superficie fría. Sus dedos rozaron cuero. La libreta.

La agarró.

—¡La tengo! —gritó Souto.

Un fogonazo iluminó la estancia. Un disparo.

La bala pasó silbando junto a la oreja de Souto y destrozó un jarrón al fondo.

Klaus no necesitaba luz para disparar. Disparaba al sonido.

—¡Fuera! —gritó Elías desde la terraza.

Souto se giró para huir, pero algo se enredó en sus piernas. Una mano. Una mano huesuda y fuerte.

Van Zeller. El viejo banquero, desde su silla de ruedas, había agarrado el tobillo de Souto con una fuerza desesperada.

—¡Mío! —graznó el anciano en la oscuridad—. ¡Es mío!

Souto soltó una patada ciega. Su talón conectó con algo blando. Van Zeller soltó un alarido y la mano se aflojó.

Souto se lanzó hacia la terraza, rodando por el suelo.

Otro disparo. Esta vez la bala impactó en el marco de aluminio de la puerta, lanzando esquirlas de metal a la cara de Souto.

Salió al exterior, chocando contra Elías.

—¡Corre! —jadeó Souto, empujando al juez hacia el borde de la terraza, hacia las escaleras laterales que bajaban al jardín, no al acantilado.

Pero entonces, los focos de emergencia del jardín se encendieron. Unos generadores diésel arrancaron con un rugido en el sótano.

La luz blanca, cegadora, inundó la terraza.

Y allí, bloqueando la escalera lateral, con la gabardina ondeando al viento y una pistola Luger apuntando directamente al pecho de Elías, estaba Klaus.

Había salido por otra puerta. Se había anticipado.

—La partida ha terminado —dijo el alemán, sin jadear siquiera—. Y me temo que la banca gana.

Souto se detuvo en seco, con la libreta apretada en la mano. Estaban atrapados entre el abismo, el cristal y la pistola.

Elena salió a la terraza, seguida de Van Zeller, que sangraba por la nariz pero tenía una sonrisa demente.

—Vaya, vaya —dijo Elena, alisándose el vestido—. El tío Almeida y su sobrino deportista. O debería decir... Inspector Souto y Juez Varela. Bienvenidos a su funeral.

Elena de Ulloa sostenía la libreta negra —la prueba por la que habían arriesgado la vida— y la agitaba suavemente como si fuera un abanico, avivando el fuego de su propia vanidad.

—Tan cerca... —susurró ella, caminando alrededor de los prisioneros con el repiqueteo de sus tacones marcando el tiempo—. Habéis llegado más lejos que nadie. Tengo que reconocerlo. La farsa del Casino fue... inspirada. Casi vulgar, pero efectiva.

—La vulgaridad es el único idioma que entienden los nuevos ricos —replicó Elías, escupiendo un poco de sangre—. Y vosotros sois los más ricos del cementerio.

Klaus, que estaba de pie junto al ventanal observando la tormenta, se giró. Se acercó a Elías y, con un movimiento casi perezoso, le dio una bofetada con el dorso de la mano enguantada. Sonó como un látigo.

—Silencio, juez —dijo el alemán con su tono gélido—. Su tribunal ha sido disuelto. Aquí solo se dicta sentencia.

El anciano banquero, Van Zeller, acercó su silla de ruedas motorizada hasta quedar cara a cara con Souto. Sus ojos acuosos brillaban con el fanatismo de los visionarios locos.

—No lo entienden, Elena —dijo Van Zeller con su voz cascada—. Nos miran y ven ladrones. Ven criminales de guerra huyendo del pasado. Son miopes.

El banquero señaló los planos azules que seguían sobre la mesa de cristal.

—¿Saben qué es eso, señores?

Souto levantó la cabeza, desafiante.

—Un submarino. Para huir como las ratas que son cuando la justicia llegue.

Van Zeller soltó una carcajada seca, asmática.

—¿Huir? No, joven ignorante. No es para huir. Es para quedarse. El mundo de la superficie está condenado. La Guerra Fría, la bomba atómica... rusos y americanos convertirán este planeta en cenizas antes de que acabe la década. La superficie es para los cadáveres.

El anciano acarició el plano con devoción.

—El futuro está abajo. En el Gran Azul. Ese diseño no es un submarino militar. Es el Proyecto Leviathán. Una ciudad sumergible. Autosuficiente. Impenetrable.

—Financiada con el oro robado a los judíos y el wolframio manchado de sangre esclava —interrumpió Elías, conectando los puntos—. Y construida bajo la tapadera de esa fundación americana... Barrows.

—La Fundación Barrows pone la cara amable, la ciencia, la legitimidad —admitió Elena con una sonrisa cínica—. Nosotros ponemos el capital real. Ellos buscan la Atlántida; nosotros vamos a construirla. Y cuando el mundo arda arriba, nosotros estaremos observando desde la oscuridad, seguros, ricos y eternos.

Souto miró a Elías. La locura de aquella gente era absoluta. No eran simples nazis; eran arquitectos de un nuevo orden delirante.

—Es una historia fascinante —dijo Elías, recuperando la compostura a pesar del dolor—. Lástima que nadie vaya a creerla cuando la lean en mi testamento.

Elena se detuvo en seco. La sonrisa se le congeló.

—¿Tu testamento?

—¿Creíais que vine aquí sin un seguro? —mintió Elías. Era su última carta, un farol desesperado jugado con la maestría de un jugador de póker—. La lista codificada. La que copié del tubo de plomo. Hice tres copias antes de venir al Casino.

Klaus se tensó, su mano yendo instintivamente a la sobaquera.

—Una está con Isaac —continuó Elías, improvisando sobre la marcha—. Pero las otras dos están en un sobre lacrado, en manos de un notario de Lisboa y de un corresponsal de la BBC. Con instrucciones precisas: si no llamo mañana a las nueve de la mañana, los sobres se abren.

—Miente —dijo Klaus, acercándose—. Huele a miedo. No tiene nada.

—¿Estás dispuesto a apostar el "Proyecto Leviathán" a eso, Klaus? —preguntó Elías, sosteniendo la mirada del asesino—. Si esa lista sale a la luz, la Fundación Barrows cortará los lazos en cinco minutos. Los americanos os cazarán. El Mossad os cazará. Van Zeller perderá sus bancos. Se acabó el sueño submarino.

El silencio cayó sobre la sala, pesado y denso. El viento golpeaba los cristales, subrayando la tensión. Elena miró a Van Zeller. El banquero parecía dudar. El dinero era cobarde por naturaleza.

—Si le matamos y la lista sale... —murmuró Van Zeller, pálido.

—No hay ninguna lista —insistió Klaus, sacando su Luger—. Es un viejo jugando a ser Dios. Voy a meterle una bala en la cabeza y veremos si su notario fantasma se despierta.

Klaus amartilló el arma y apuntó a la frente de Elías. El cañón negro parecía un túnel infinito.

Elías no cerró los ojos.

—Hazlo —susurró el juez—. Y conviértete en el hombre que destruyó vuestro futuro por impaciencia.

El dedo de Klaus se tensó en el gatillo. Souto forcejeó con las bridas,

rugiendo de impotencia, cortándose las muñecas en el proceso.

—¡Espera! —ordenó Elena.

Klaus se detuvo, el cañón aún tocando la piel de Elías.

—No podemos arriesgarnos —dijo Elena, su mente calculadora sopesando las probabilidades—. Si dice la verdad, matarlo ahora es un error. Necesitamos saber quiénes son esos contactos. Necesitamos que anule la orden.

—No hablará —dijo Klaus—. Es un fanático de la ley.

—Todos hablan —dijo Elena, caminando hacia la cocina americana integrada en el salón—. Solo hay que encontrar la palanca adecuada.

Elena volvió con un cuchillo de cocina. No era muy grande, pero estaba afilado. Se acercó a Souto, no a Elías.

—Tú eres viejo, Varela —dijo ella, acariciando la mejilla de Souto con la hoja fría del cuchillo—. Tu cuerpo ya no te importa. Pero este joven... es fuerte. Leal. Es como un hijo para ti, ¿verdad?

Elías sintió que el terror real, el que no se puede fingir, le inundaba el pecho.

—Déjalo en paz. Él es solo el músculo. No sabe nada.

—Sabe gritar —dijo Elena con frialdad—. Y tú vas a escuchar cómo le quito trozos, uno a uno, hasta que me digas dónde están esos sobres. Empezaremos por los dedos. Un pianista no necesita dedos para firmar una anulación, pero un estibador...

Souto miró a Elena a los ojos.

—Vete al infierno, bruja.

Elena levantó el cuchillo. Van Zeller observaba con fascinación morbosa. Klaus bajó el arma, curioso por ver el espectáculo.

—¡No! —gritó Elías.

En ese instante, la luz de la casa parpadeó.

Los generadores del sótano, forzados por la tormenta o quizás por el sabotaje previo de Elías en los fusibles exteriores, dieron un tirón. La villa se sumió en la penumbra durante dos segundos antes de volver a iluminarse.

Fue un parpadeo. Un suspiro eléctrico.

Pero para un hombre entrenado como Souto, dos segundos eran una eternidad.

Aprovechando la distracción visual y que Elena estaba demasiado cerca, Souto hizo lo imposible. Ignoró el dolor de sus muñecas, dislocó su pulgar izquierdo con un crujido nauseabundo para liberar una mano de la brida de plástico, y se lanzó hacia adelante.

No atacó a Elena.

Atacó la silla de ruedas.

Con un rugido animal, Souto embistió con el hombro contra el lateral de la silla motorizada de Van Zeller.

—¡Aaaah! —gritó el banquero.

La silla, pesada y metálica, volcó violentamente, atrapando al anciano debajo y deslizándose sobre el mármol pulido hacia Klaus.

Klaus, sorprendido por el proyectil humano y mecánico que se le venía encima, tuvo que saltar hacia atrás para no ser aplastado por el chasis de acero. Disparó su arma por reflejo, pero el tiro se fue al

techo, haciendo llover yeso y polvo.

Souto rodó por el suelo, liberó su otra mano con la navaja que había logrado sacar del bolsillo en la confusión, y se puso en pie. Estaba desarmado frente a una pistola, un cuchillo y tres enemigos. Pero estaba libre.

—¡Elías, al suelo! —gritó Souto.

Klaus recuperó el equilibrio y apuntó de nuevo, esta vez con intención letal. Sus ojos azules ya no miraban; calculaban la trayectoria.

Souto no tenía tiempo de llegar a Klaus. Estaba a cinco metros. Moriría antes de dar dos pasos.

Así que hizo lo único que podía hacer. Agarró la pesada mesa de cristal *Bauhaus* por el borde metálico y, con un esfuerzo titánico que le desgarró los músculos de la espalda, la levantó como si fuera un escudo y la lanzó contra el ventanal que daba a la terraza.

El cristal blindado de la ventana estalló con un estruendo apocalíptico, mezclándose con el rugido del viento que entró en la sala como un huracán, llevándose los planos, las cortinas y el equilibrio de todos.

# CAPÍTULO 8
## Juicio Sumarísimo

El salón de la villa, que minutos antes parecía un templo del diseño moderno, se había transformado en una sala de interrogatorios con vistas al apocalipsis.

**Souto** estaba de rodillas en el centro de la estancia, sobre el mármol blanco, con las manos atadas a la espalda con bridas de plástico industrial. La sangre le goteaba desde una ceja partida, manchando su camisa de esmoquin destrozada. Respiraba con dificultad; una patada de Klaus en las costillas le había sacado todo el aire y probablemente astillado algún hueso.

A su lado, **Elías Varela** mantenía una dignidad precaria. Estaba sentado en una silla de acero tubular, también atado, con las gafas torcidas y la mejilla hinchada. No le habían golpeado tanto como a Souto; a él le reservaban otro tipo de violencia, más lenta y cerebral.

Frente a ellos, la **Hermandad** celebraba su victoria con una calma aterradora.

**Elena de Ulloa** sostenía la libreta negra —la prueba por la que habían arriesgado la vida— y la agitaba suavemente como si fuera un abanico, avivando el fuego de su propia vanidad.

—Tan cerca... —susurró ella, caminando alrededor de los prisioneros con el repiqueteo de sus tacones marcando el tiempo—. Habéis llegado más lejos que nadie. Tengo que reconocerlo. La farsa del Casino fue... inspirada. Casi vulgar, pero efectiva.

—La vulgaridad es el único idioma que entienden los nuevos ricos —replicó Elías, escupiendo un poco de sangre—. Y vosotros sois los más ricos del cementerio.

**Klaus**, que estaba de pie junto al ventanal observando la tormenta, se giró. Se acercó a Elías y, con un movimiento casi perezoso, le dio una bofetada con el dorso de la mano enguantada. Sonó como un látigo.

—Silencio, juez —dijo el alemán con su tono gélido—. Su tribunal ha sido disuelto. Aquí solo se dicta sentencia.

El anciano banquero, **Van Zeller**, acercó su silla de ruedas motorizada hasta quedar cara a cara con Souto. Sus ojos acuosos brillaban con el fanatismo de los visionarios locos.

—No lo entienden, Elena —dijo Van Zeller con su voz cascada—. Nos miran y ven ladrones. Ven criminales de guerra huyendo del pasado. Son miopes.

El banquero señaló los planos azules que seguían desplegados sobre la mesa de cristal.
—¿Saben qué es eso, señores?

Souto levantó la cabeza, desafiante.
—Un submarino. Para huir como las ratas que son cuando la justicia llegue.

Van Zeller soltó una carcajada seca, asmática.

—¿Huir? No, joven ignorante. No es para huir. Es para *quedarse*. El mundo de la superficie está condenado. La Guerra Fría, la bomba atómica... rusos y americanos convertirán este planeta en cenizas antes de que acabe la década. La superficie es para los cadáveres.

El anciano acarició el plano con devoción.

—El futuro está abajo. En el Gran Azul. Ese diseño no es un submarino militar. Es el **Proyecto Leviathán**. Una ciudad sumergible. Autosuficiente. Impenetrable.

—Financiada con el oro robado a los judíos y el wolframio manchado de sangre esclava —interrumpió Elías, conectando los puntos—. Y construida bajo la tapadera de esa fundación americana... Barrows.

—La **Fundación Barrows** pone la cara amable, la ciencia, la legitimidad —admitió Elena con una sonrisa cínica—. Nosotros ponemos el capital real. Ellos creen que buscan la Atlántida; nosotros vamos a construirla. Y cuando el mundo arda arriba, nosotros estaremos observando desde la oscuridad, seguros, ricos y eternos.

Souto miró a Elías. La locura de aquella gente era absoluta. No eran simples nazis; eran arquitectos de un nuevo orden delirante.

—Es una historia fascinante —dijo Elías, recuperando la compostura a pesar del dolor—. Lástima que nadie vaya a creerla cuando la lean en mi testamento.

Elena se detuvo en seco. La sonrisa se le congeló en el rostro.
—¿Tu testamento?

—¿Creíais que vine aquí sin un seguro? —mintió Elías. Era su última carta, un farol desesperado jugado con la maestría de un jugador de póker—. La lista codificada. La que copié del tubo de plomo. Hice tres copias antes de venir al Casino.

Klaus se tensó, su mano yendo instintivamente a la sobaquera.

—Una está con Isaac —continuó Elías, improvisando sobre la marcha—. Pero las otras dos están en un sobre lacrado, en manos de un notario de Lisboa y de un corresponsal de la BBC. Con instrucciones precisas: si no llamo mañana a las nueve de la mañana, los sobres se abren.

—Miente —dijo Klaus, acercándose—. Huele a miedo. No tiene nada.

—¿Estás dispuesto a apostar el "Proyecto Leviathán" a eso, Klaus? —preguntó Elías, sosteniendo la mirada del asesino—. Si esa lista sale a la luz, la Fundación Barrows cortará los lazos en cinco minutos. Los americanos os cazarán. El Mossad os cazará. Van Zeller perderá sus bancos. Se acabó el sueño submarino.

El silencio cayó sobre la sala, pesado y denso. El viento golpeaba los cristales, subrayando la tensión. Elena miró a Van Zeller. El banquero parecía dudar. El dinero era cobarde por naturaleza.

—Si le matamos y la lista sale... —murmuró Van Zeller, pálido.

—No hay ninguna lista —insistió Klaus, sacando su Luger—. Es un viejo jugando a ser Dios. Voy a meterle una bala en la cabeza y veremos si su notario fantasma se despierta.

Klaus amartilló el arma y apuntó a la frente de Elías. El cañón negro parecía un túnel infinito.

Elías no cerró los ojos.

—Hazlo —susurró el juez—. Y conviértete en el hombre que destruyó vuestro futuro por impaciencia.

El dedo de Klaus se tensó en el gatillo. Souto forcejeó con las bridas, rugiendo de impotencia, cortándose las muñecas en el proceso.

—¡Espera! —ordenó Elena.

Klaus se detuvo, el cañón aún tocando la piel de la frente de Elías.

—No podemos arriesgarnos —dijo Elena, su mente calculadora sopesando las probabilidades—. Si dice la verdad, matarlo ahora es un error. Necesitamos saber quiénes son esos contactos. Necesitamos que anule la orden.

—No hablará —dijo Klaus—. Es un fanático de la ley.

—Todos hablan —dijo Elena, caminando hacia la cocina americana integrada en el salón—. Solo hay que encontrar la palanca adecuada.

Elena volvió con un cuchillo de cocina. No era muy grande, pero estaba afilado. Se acercó a Souto, no a Elías.

—Tú eres viejo, Varela —dijo ella, acariciando la mejilla de Souto con la hoja fría del cuchillo—. Tu cuerpo ya no te importa. Pero este joven... es fuerte. Leal. Es como un hijo para ti, ¿verdad?

Elías sintió que el terror real, el que no se puede fingir, le inundaba el pecho.
—Déjalo en paz. Él es solo el músculo. No sabe nada.

—Sabe gritar —dijo Elena con frialdad—. Y tú vas a escuchar cómo le quito trozos, uno a uno, hasta que me digas dónde están esos sobres. Empezaremos por los dedos. Un pianista no necesita dedos para firmar una anulación, pero un estibador...

Souto miró a Elena a los ojos, con las pupilas dilatadas por la adrenalina.
—Vete al infierno, bruja.

Elena levantó el cuchillo. Van Zeller observaba con fascinación morbosa, sus dedos crispados sobre los reposabrazos. Klaus bajó el arma, curioso por ver el espectáculo.

—¡No! —gritó Elías.

En ese instante, la luz de la casa parpadeó.

Los generadores del sótano, forzados por la tormenta o quizás por el sabotaje previo de Elías en los fusibles exteriores, dieron un tirón. La villa se sumió en la penumbra durante dos segundos antes de volver a iluminarse.

Fue un parpadeo. Un suspiro eléctrico.
Pero para un hombre entrenado como Souto, dos segundos eran una eternidad.

Aprovechando la distracción visual y que Elena estaba demasiado cerca, Souto hizo lo imposible. Ignoró el dolor de sus muñecas, dislocó su pulgar izquierdo con un crujido nauseabundo para liberar una mano de la brida de plástico, y se lanzó hacia adelante.

No atacó a Elena.
Atacó la silla de ruedas.

Con un rugido animal, Souto embistió con el hombro contra el lateral de la silla motorizada de Van Zeller.

—¡Aaaah! —gritó el banquero.

La silla, pesada y metálica, volcó violentamente, atrapando al anciano debajo y deslizándose sobre el mármol pulido hacia Klaus como un trineo de acero.

Klaus, sorprendido por el proyectil humano y mecánico que se le venía encima, tuvo que saltar hacia atrás para no ser aplastado por el chasis. Disparó su arma por reflejo, pero el tiro se fue al techo, haciendo llover yeso y polvo.

Souto rodó por el suelo, liberó su otra mano con la navaja que había logrado sacar del bolsillo en la confusión, y se puso en pie. Estaba desarmado frente a una pistola, un cuchillo y tres enemigos. Pero estaba libre.

—¡Elías, al suelo! —gritó Souto.

Klaus recuperó el equilibrio y apuntó de nuevo, esta vez con intención letal. Sus ojos azules ya no miraban; calculaban la trayectoria.

Souto no tenía tiempo de llegar a Klaus. Estaba a cinco metros. Moriría antes de dar dos pasos.

Así que hizo lo único que podía hacer. Agarró la pesada mesa de cristal *Bauhaus* por el borde metálico y, con un esfuerzo titánico que le desgarró los músculos de la espalda, la levantó como si fuera un escudo y la lanzó contra el ventanal que daba a la terraza.

El cristal blindado de la ventana estalló con un estruendo apocalíptico, mezclándose con el rugido del viento que entró en la sala como un huracán, llevándose los planos, las cortinas y el equilibrio de todos.

La tormenta había entrado en la casa.

# CAPÍTULO 9
## Cristal y Plomo

La entrada de la tormenta en el salón fue como la detonación de una bomba de aire comprimido. El viento del Atlántico, liberado por la destrucción del ventanal, irrumpió a ochenta kilómetros por hora, arrastrando lluvia helada, cortinas de seda y fragmentos de vidrio que se convirtieron en metralla invisible.

Los planos azules del *Proyecto Leviathán* volaron como gaviotas heridas, remolinándose hacia el techo antes de ser succionados hacia la oscuridad del acantilado.

—¡Los documentos! —gritó Elena de Ulloa, su voz desgarrada por la histeria, lanzándose al suelo para intentar atrapar los papeles que se escapaban. En ese instante, su codicia fue mayor que su instinto asesino.

Klaus, sin embargo, era un soldado. No le importaban los papeles; le importaba la amenaza.

El alemán se protegió los ojos con el antebrazo para evitar la lluvia de cristal y disparó su Luger hacia la sombra que era Souto.

*¡Bang! ¡Bang!*

Dos fogonazos iluminaron la estancia estroboscópicamente.

La primera bala se incrustó en el sofá de cuero negro. La segunda arrancó astillas del suelo de mármol a centímetros del pie descalzo de Souto.

Souto no se detuvo. Sabía que la distancia era muerte. Con el pulgar dislocado palpitando como un corazón enfermo y la sangre manchándole la camisa, corrió en zigzag, agachado, usando el caos acústico y visual como cobertura. No era una carga elegante; era la embestida de un jabalí herido.

Klaus ajustó la puntería, frío como el hielo. Iba a disparar el tiro de gracia al pecho.

Pero no contó con Elías.

El juez, aún atado a la silla pero olvidado en la confusión, se dejó caer lateralmente. Su cuerpo y la silla de acero chocaron contra las piernas de Klaus justo cuando el asesino apretaba el gatillo.

El disparo salió desviado, perforando el techo. Klaus perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre el mar de cristales rotos. la pistola Luger resbaló de su mano y se deslizó por el suelo mojado hasta perderse debajo de un mueble.

—¡Ahora, Souto! —gritó Elías desde el suelo, luchando por liberarse.

Souto se lanzó sobre Klaus antes de que el alemán pudiera sacar su navaja.

Ambos hombres rodaron por el suelo, una maraña de extremidades, gruñidos y odio. El impacto fue brutal. Klaus recibió a Souto con una rodilla en el estómago que le sacó el aire, pero el gallego respondió con un cabezazo salvaje en la nariz del alemán.

Se oyó el crujido húmedo del cartílago rompiéndose.

Klaus rugió y, con una agilidad de serpiente, giró las caderas y montó sobre Souto. Sus manos enguantadas fueron directas a la garganta del exinspector.

—Muere, *schwein* (cerdo) —siseó Klaus, apretando la tráquea con una fuerza hidráulica.

Souto sintió que su visión se llenaba de puntos negros. No podía respirar. Intentó golpear la cara de Klaus, pero sus brazos perdían fuerza. El alemán era técnicamente superior; sabía exactamente dónde apretar para apagar la vida.

Souto buscó a ciegas con su mano derecha por el suelo. Sus dedos rozaron algo afilado. Un fragmento triangular del ventanal roto, grande como un puñal de hielo.

Lo agarró.

Con un último espasmo de energía, Souto clavó el cristal en el costado de Klaus, justo debajo de las costillas.

El alemán abrió los ojos desmesuradamente. Soltó la garganta de Souto y soltó un alarido que se mezcló con el aullido del viento. Se apartó, llevándose la mano a la herida, de la que brotaba sangre oscura que se mezclaba con el agua de lluvia en el suelo.

Souto se arrastró hacia atrás, tosiendo, aspirando el aire frío con desesperación.

Mientras tanto, al otro lado de la sala, Elías había conseguido rozar las cuerdas de sus muñecas contra el borde afilado de la pata metálica de la mesa rota. Un hilo se rompió. Luego otro.

Se liberó.

Se puso en pie tambaleándose, con las manos entumecidas.

Elena de Ulloa había abandonado la caza de los papeles, que ya volaban libres hacia el mar. Se giró y vio a Elías de pie. En su mano todavía tenía el cuchillo de cocina con el que había amenazado a Souto.

—Todo esto es culpa tuya, viejo estúpido —dijo ella, con el maquillaje corrido y el pelo pegado a la cara por la lluvia, pareciendo una bruja moderna—. Has destruido años de trabajo.

Caminó hacia él, levantando el cuchillo.

—Se acabó, Elena —dijo Elías, retrocediendo hasta chocar con la pared—. Van Zeller está atrapado. Klaus está herido. La policía llegará en cuanto alguien oiga los disparos.

—Nadie oye nada en la *Boca do Inferno* —sonrió ella con malicia—. El mar se traga los gritos.

Elena lanzó una estocada. Elías, torpe por la edad y el miedo, intentó esquivarla, pero el filo le rasgó la manga del abrigo y le hizo un corte superficial en el antebrazo.

El juez tropezó y cayó junto a la chimenea. Su mano, buscando apoyo, se cerró sobre algo frío y pesado.

El atizador de hierro forjado.

Elena se preparó para el golpe final, levantando el cuchillo con ambas manos para clavárselo en el pecho.

—¡Justicia! —gritó Elías, y blandió el atizador con una fuerza que no sabía que tenía.

El hierro golpeó la muñeca de Elena con un *crack* seco. El cuchillo voló lejos. Elena gritó de dolor y retrocedió, sujetándose la mano rota.

En el centro de la sala, el caos alcanzó su clímax.

El anciano Van Zeller, aún atrapado bajo su silla de ruedas motorizada volcada, había conseguido sacar un pequeño revólver *Derringer* que guardaba en el bolsillo de su manta. No apuntó a Souto. No apuntó a Elías.

Apuntó a la puerta de la cocina.

—¡Traidores! —gritó el banquero, delirando—. ¡No tendréis mi oro!

Disparó.

La bala no dio a nadie. Impactó contra una tubería de gas que alimentaba la estufa de diseño de la cocina americana. Hubo un silbido agudo, seguido inmediatamente por el olor inconfundible a gas propano llenando la estancia, mezclándose con el ozono de la tormenta.

Una chispa de los cables eléctricos arrancados del techo hizo el resto.

¡BOOM!

Una explosión sorda sacudió la villa. Una lengua de fuego azul y naranja salió de la cocina, lamiendo el techo y prendiendo las

cortinas que quedaban.

—¡Fuego! —gritó Souto, poniéndose en pie trabajosamente.

Klaus, herido y sangrando, miró el fuego y luego miró a Souto. El alemán tomó una decisión pragmática. La misión estaba fallida. La casa iba a explotar. Él estaba herido.

Klaus escupió sangre al suelo, miró a Souto con una promesa de muerte futura en los ojos, y se dio la vuelta. Cojeando, corrió hacia la puerta lateral que daba al garaje.

—¡Souto, déjalo! —gritó Elías al ver que el inspector hacía ademán de seguirle—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡El gas va a reventar toda la estructura!

Souto miró a su enemigo escapar. Le dolía el alma dejarlo ir, pero Elías tenía razón. El fuego se propagaba con una velocidad aterradora, alimentado por el viento que entraba del mar.

Elena de Ulloa estaba en el suelo, llorando, mirando cómo las llamas consumían los muebles y los restos de los planos. Van Zeller reía histéricamente bajo su silla, rodeado de fuego, negándose a moverse.

—¡Vamos! —Souto agarró a Elías del brazo bueno y lo arrastró hacia la terraza.

—¡No podemos dejarlos! —dijo Elías, su moralidad luchando contra la realidad.

Souto miró atrás. Una viga del techo cayó entre ellos y Elena, creando un muro de fuego.

—Ellos han elegido su tumba, Elías. ¡Corre!

Salieron a la terraza azotada por la lluvia. El calor del incendio a sus espaldas era insoportable, empujándoles hacia el frío del abismo.

—¡Por donde hemos venido no! —gritó Elías—. ¡Las rocas estarán imposibles!

—¡Al garaje no podemos ir, Klaus estará allí! —replicó Souto.

Miraron alrededor. La única salida era el jardín lateral, saltar el muro perimetral hacia la carretera. Pero el muro tenía tres metros y cristales.

Entonces, oyeron el rugido de un motor.

El Jaguar de Klaus salió disparado del garaje lateral, rompiendo la puerta de madera, y derrapó en la grava hacia la salida de la finca.

Pero no fue el único vehículo que se movió.

El Rolls Royce de Elena, que seguía aparcado en la entrada con el chófer (que había huido al oír los tiros), estaba allí.

—¡El muro! —señaló Souto—. ¡Ayúdame a subir al techo de la caseta del jardín! ¡Desde allí saltaremos al otro lado!

Corrieron bajo la lluvia, con la casa rugiendo a sus espaldas como un dragón moribundo. Souto hizo una escala con las manos y lanzó a Elías hacia el techo plano de la caseta de herramientas. El viejo rodó sobre el hormigón. Luego, se inclinó y ayudó a subir a Souto, cuyos brazos temblaban de agotamiento.

Desde el techo de la caseta, saltaron al exterior del muro, cayendo sobre los matorrales de la carretera.

Segundos después, una segunda explosión, mucho más potente, destrozó los ventanales restantes de la villa. El techo del salón

colapsó, sepultando a Van Zeller y sus secretos bajo toneladas de hormigón y fuego.

Elías y Souto se quedaron tendidos en la zanja, cubiertos de barro y sangre, viendo cómo la fortaleza de la Hermandad se convertía en una antorcha que desafiaba a la tormenta.

Souto metió la mano en su bolsillo empapado. Sus dedos se cerraron sobre algo rectangular y duro.

La sacó y la miró bajo la luz del incendio.

La libreta negra.

—La tenemos —jadeó Souto, con una sonrisa dolorida y ensangrentada—. Lo tenemos todo.

Elías se quitó las gafas rotas y miró las llamas.

—Tenemos la verdad, inspector. Ahora solo falta que el mundo tenga el valor de escucharla.

# CAPÍTULO 10
## El Último Engranaje

La vuelta a Lisboa fue un viaje alucinante, un borrón de dolor y luces de carretera bajo la lluvia. No encontraron un taxi; tuvieron que robar una camioneta de reparto de pan aparcada en las afueras de Cascais. Souto condujo con una mano, la otra inútil y palpitante, mientras Elías vigilaba el retrovisor, esperando ver en cualquier momento las luces azules de la policía o los faros del Jaguar de Klaus.

Pero la noche, cómplice de los desesperados, les cubrió con su manto.

Llegaron al Taller del Tiempo en Alfama poco antes del amanecer. La ciudad dormía, ajena a que en una villa de la costa el destino de Europa acababa de arder.

Isaac les abrió la puerta, pálido como un espectro. No hizo preguntas al ver su estado lamentable; la sangre, el hollín y el olor a humo lo decían todo. Simplemente, calentó agua, trajo vendas y sacó una botella de aguardiente fuerte.

Mientras Isaac curaba el corte en el brazo de Elías y entablillaba el dedo dislocado de Souto con palitos de helado y esparadrapo, el exjuez puso la libreta negra sobre la mesa.

Estaba chamuscada en una esquina y manchada de barro, pero legible.

—¿Es esto? —preguntó Isaac, tocando el cuaderno con reverencia temerosa.

—Es la nómina del infierno, Isaac —respondió Elías, con la voz ronca por el humo—. Nombres. Cuentas. Y la conexión con la Fundación Barrows.

Souto bebió un trago largo de aguardiente y se limpió la boca con el dorso de la mano sana.

—¿Y ahora qué? ¿Se la damos a la policía?

—La policía portuguesa nos entregaría a la PIDE en cinco minutos, y la PIDE nos enterraría en el patio de una comisaría —dijo Elías—. No, esto tiene que ir más arriba.

Elías se sentó frente a su máquina de escribir *Underwood*. Le dolía todo el cuerpo, pero su mente estaba clara como el cristal.

—Vamos a escribir una carta —dijo el juez—. No, vamos a escribir una *sentencia*. Haremos tres copias del contenido de esta libreta. Una irá a la redacción del *New York Times* en París. Otra a la *BBC* en Londres. Y la tercera... la tercera irá directamente a la sede central de la Fundación Barrows en Boston.

—¿A los americanos? —preguntó Souto—. Ellos son los socios.

—Ellos son los inversores incautos —corrigió Elías—. O al menos, esa es la salida que les vamos a ofrecer. Si les enviamos esto,

tendrán dos opciones: hundirse con Van Zeller y los nazis cuando la prensa publique la historia, o cortar los lazos inmediatamente, denunciar a la "Hermandad" como una célula corrupta que les engañó y salvar su reputación científica.

—Les das una salida —comprendió Isaac.

—Les doy la oportunidad de sobrevivir para que destruyan a nuestros enemigos por nosotros —sonrió Elías—. El dinero americano es cobarde. En cuanto vean que el oro nazi es radiactivo para su imagen, cerrarán el grifo. El *Proyecto Leviathán* se quedará sin fondos. Y sin fondos, la Hermandad se comerá a sí misma.

Elías empezó a teclear. El sonido de las teclas golpeando el papel sonó en el taller silencioso como disparos de ametralladora. *Tac-tac-tac-tac*. Era el sonido de la justicia.

Pasaron dos días encerrados en el taller, escuchando la radio.

Al tercer día, la bomba estalló. No fue una explosión física, sino mediática.

Souto bajó a comprar el *Diário de Notícias* y volvió corriendo, con los ojos brillantes. Lo desplegó sobre la mesa de trabajo.

El titular no era de portada, la censura de Salazar lo impedía, pero en la sección internacional había una nota breve: *"ESCÁNDALO FINANCIERO EN SUIZA: APARECEN LISTAS DE ORO NEGRO"*.

Pero fue la radio la que dio el golpe de gracia. Sintonizaron la *BBC World Service*.

*«...fuentes en Nueva York confirman que la prestigiosa Fundación Barrows ha anunciado hoy el cese inmediato de todas sus operaciones en Portugal y la destitución de su junta directiva europea, tras revelarse vínculos no autorizados con capitales de*

*origen ilícito del Tercer Reich. La Fundación ha declarado que colaborará plenamente con las autoridades internacionales...»*

Elías se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados.

—Se acabó.

—¿Y Elena? —preguntó Souto.

—La encontraron entre los escombros —dijo Souto, señalando una pequeña columna en el periódico—. "Trágico accidente doméstico en Cascais. Fallecen el banquero Van Zeller y su sobrina en una explosión de gas".

—¿Y Klaus? —preguntó Isaac.

Souto miró por la ventana, hacia las calles laberínticas de Alfama.

—De ese no hay ni rastro. El diablo nunca se queda a barrer las cenizas.

Elías se levantó y caminó hacia la puerta. Abrió el cerrojo y dejó que entrara la luz del sol de la mañana. El aire olía a río y a libertad.

—Klaus seguirá ahí fuera —dijo Elías—. Pero ya no es un cazador. Ahora es una presa. El Mossad, la CIA, los británicos... todos tendrán su nombre gracias a la lista. Pasará el resto de su vida mirando por encima del hombro. Justo como nosotros... hasta hoy.

Souto se acercó a la puerta y respiró hondo. Ya no le dolían las heridas.

—¿Y nosotros, juez? ¿Qué hacemos ahora? Ya no somos ratas. Pero tampoco tenemos casa.

Elías miró a su amigo, al hombre que le había salvado la vida en el acantilado.

—El mundo es grande, Souto. Y gracias a Dios, ahora es un poco más limpio. Creo que nos hemos ganado unas vacaciones. ¿Te gusta el mar?

Souto sonrió por primera vez en meses. Una sonrisa auténtica.

—Me gusta. Pero prefiero verlo desde un barco que desde un muelle de carga.

# EPÍLOGO
## Mar en Calma

**Islas Azores, dos años después. 1960.**

El puerto de Horta, en la isla de Faial, era un refugio para navegantes de todo el mundo. Los veleros cruzaban el Atlántico y paraban allí para pintar sus nombres en el muelle de hormigón, una tradición que convertía el suelo en un mosaico de colores y recuerdos.

En la terraza del *Peter Café Sport*, un hombre de mediana edad, con el pelo gris y un cuerpo robusto curtido por el sol, bebía una cerveza fría mientras observaba el horizonte.

Ya no parecía un estibador, ni un guardia civil. Parecía un hombre de mar.

Una figura conocida se acercó a su mesa, apoyándose en un bastón, aunque caminaba con más agilidad que antaño.

Elías Varela llevaba un sombrero de paja y una camisa de lino blanco.

—El correo ha llegado —dijo Elías, sentándose y dejando un sobre con sellos americanos sobre la mesa.

Souto abrió el sobre. El membrete era azul y elegante: BARROWS OCEANOGRAPHIC FOUNDATION.

—¿Qué dicen? —preguntó Elías, pidiendo una ginebra al camarero.

Souto leyó la carta en silencio, asintiendo lentamente.

—Dicen que el nuevo prototipo, el DSV-1, está listo para las pruebas de inmersión profunda. Quieren saber si acepto el puesto de Jefe de Operaciones de Seguridad para la expedición.

—¿Seguridad? —Elías arqueó una ceja—. ¿Para protegerse de los tiburones?

—Para protegerse de lo que sea que encuentren ahí abajo —respondió Souto, doblando la carta—. Y para asegurarse de que nadie vuelva a intentar usar su tecnología para el mal. Parece que aprendieron la lección, Elías. Ahora quieren hacer las cosas bien. Quieren explorar, no conquistar.

—Es una ironía poética —reflexionó el exjuez—. Los que casi destruyeron la Fundación ahora son los que van a guiarla.

—¿Y tú? —preguntó Souto—. ¿Vendrás? Necesitan a alguien que gestione los contratos legales y mantenga a los políticos a raya.

Elías miró el mar infinito, ese azul profundo que guardaba tantos secretos. Pensó en la justicia, en la ley, y en cómo a veces la verdad no está en los tribunales, sino en la acción.

—El clima de las Azores es bueno para mi reuma —dijo Elías con una sonrisa pícara—. Pero me temo que me aburriría si me quedo aquí mirando las gaviotas. Además, alguien tiene que vigilarte para que no rompas nada valioso.

Souto levantó su jarra de cerveza.

—Por el Gran Azul, entonces.

Elías chocó su vaso.

—Y por los que navegan bajo él.

A lo lejos, en el muelle, un barco de investigación blanco, con el logotipo de una esfera azul, soltó amarras. El viento soplaba fuerte del oeste, trayendo olor a sal y a aventuras nuevas. El misterio del oro nazi había terminado, pero el misterio del océano acababa de comenzar.

# INDICE

# LIBRO 2: EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS

## (El Laberinto de Vidrio)

**PRÓLOGO**

**CAPÍTULO 1:** El Taller del Tiempo *(La llegada a Alfama y el encuentro con Isaac)*

**CAPÍTULO 2:** Los Muelles de la Niebla *(La investigación en el puerto y las primeras pistas)*

**CAPÍTULO 3:** El Sastre de Chiado *(La transformación: de fugitivos a caballeros)*

**CAPÍTULO 4:** La Ruleta de la Muerte *(Infiltración en el Casino de Estoril)*

**CAPÍTULO 5:** El Vals de los Espejos *(El robo de la llave y el primer enfrentamiento con Klaus)*

**CAPÍTULO 6:** La Boca del Lobo *(Persecución nocturna hacia Cascais)*

**CAPÍTULO 7:** La Caja de Cristal *(Escalada en el acantilado y el descubrimiento de los planos)*

**CAPÍTULO 8:** Juicio Sumarísimo *(El interrogatorio y la revelación del Proyecto Leviathán)*

**CAPÍTULO 9:** Cristal y Plomo *(El combate final, el incendio y la huida)*

**CAPÍTULO 10:** El Último Engranaje *(La sentencia mediática y la caída de la Hermandad)*

**EPÍLOGO:** Mar en Calma *(Azores, 1960: El inicio de la Fundación Barrows)*

# SINOPSIS

**En el glamuroso y traicionero Estoril de los años 50, el exinspector Souto y el juez Elías Varela descubren que haber cruzado la frontera vivos fue solo el principio de la pesadilla. Una llave encontrada en un tubo de plomo los arrastra al corazón de la "Hermandad", una élite criminal que utiliza el brillo del Casino como tapadera para blanquear el oro sangriento del Tercer Reich. Cazados por un asesino implacable y bajo la mirada de la letal Elena de Ulloa, los dos fugitivos deberán cambiar sus harapos por esmóquines para infiltrarse en la boca del lobo, en una misión donde un paso en falso no significa perder una apuesta, sino desaparecer para siempre.**

**Pero lo que protege la caja de seguridad 12-04 es mucho más aterrador que una fortuna robada. Souto y Elías están a punto de destapar el "Proyecto Leviathán", un secreto tecnológico financiado desde las sombras que promete dominar el futuro desde las profundidades del océano. Atrapados en un laberinto de vidrio donde cada reflejo es una mentira, tendrán que ejecutar un robo imposible a plena luz o ver cómo el mundo se hunde en una nueva oscuridad.**

# EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS
# FIN DEL LIBRO 2

**AUTOR: FERNANDO MARMANEU CANOVAS**